

LOS CASTILLEJOS DE TEBA (MÁLAGA). EXCAVACIONES DE 1993. ESTRATIGRAFÍA DE LOS SIGLOS VIII-VI A.C.

por Eduardo García Alfonso

Los Castillejos de Teba es uno de los enclaves arqueológicos más interesantes de la provincia de Málaga, concretamente para el estudio de los desarrollos secuenciales a lo largo del primer milenio a.C.

El yacimiento se encuentra situado en el sector occidental de la depresión de Antequera, a unos 4 km. al sur del núcleo urbano de Teba, a cuyo término municipal pertenece (Fig. 1), y muy próximo a la carretera C-341 (Campillos-Ronda). Sus coordenadas U.T.M. son 328.500-4.090.800, según la hoja 1037 (Teba) del Mapa del Servicio Geográfico del Ejército. -E. 1:50.000-.

Los Castillejos es un aguzado espolón rocoso, orientado en sentido este-oeste, que domina, desde su margen izquierda, el valle medio del río Guadalteba, afluente del Guadalhorce. La topografía del cerro, con fuertes pendientes en sus vertientes septentrional y meridional, configura varias terrazas o «mesetas» que desde 609 m. de altitud van descendiendo progresivamente hacia el este, hasta llegar a una cota aproximada de 500 m.s.n.m.

El valle del Guadalteba no es más que un eslabón del gran corredor constituido por el Surco Intrabético. Su posición geográfica lo convierte en la encrucijada de dos rutas naturales, esenciales para los intercambios cada vez más intensos que se generaron en el sur peninsular a partir del siglo VIII a.C. Estas rutas serían:

- a) En sentido norte-sur, la que comunica la bahía de Málaga con la depresión del Guadalquivir, a través del valle del Guadalhorce y las cabeceras de los ríos Corbones y Blanco.
- b) De este a oeste, el mismo Surco Intrabético es el camino entre la meseta de Ronda y los llanos de Antequera.

1. ANTECEDENTES

La existencia en Los Castillejos de Teba de uno de los recintos fortificados ibéricos más monumentales y mejor conservados del sur peninsular debiera haber bastado para colocar al yacimiento entre los más frecuentemente citados en la bibliografía relativa a la Protohistoria meridional, pero desafortunadamente la espectacularidad de los restos constructivos que se mantienen en pie en el lugar no ha sido suficiente para atraer la atención de los investigadores hasta momentos muy recientes. En consecuencia, relativas a Los Castillejos de Teba sólo encontramos algunas referencias en trabajos generales sobre el iberismo o la Antigüedad en los territorios que hoy forman la provincia de Málaga (FERNÁN-DEZ RUIZ, 1980: 202-254; RODRÍGUEZ OLIVA, 1984: 435), si bien los autores de las mismas resaltan el gran interés del yacimiento. En los inicios de los años 90, el recinto amurallado que contornea las zonas más altas del cerro ha sido estudiado *de visu*, siendo fechado en el Ibérico Pleno (RECIO RUIZ, 1991).

La situación de abandono total del yacimiento motivó una creciente actividad de expolio durante la década de los 80, que afectó con especial gravedad a una de sus necrópolis ibéricas, en concreto la ubicada al oeste del mismo. Sin embargo, la culminación de lo que parecía ser la destrucción irremediable de Los Castillejos tuvo lugar en 1993, con el proyecto de su puesta en explotación como cantera de brecha caliza rosácea. Los trabajos previos de infraestructura y la incontrolada apertura de pistas para iniciar la extracción de piedra motivaron la aparición de diferentes estructuras y materiales arqueológicos. Ante tal estado de cosas, el Excmo. Ayuntamiento de Teba decretó la paralización de todo movimiento de tierras en Los Castillejos y, consecuentemente, se vio la necesidad de acometer una excavación arqueológica para valorar las destrucciones efectuadas por los desmontes incontrolados.

La actividad arqueológica a la que nos referimos se realizó dentro de la modalidad de urgencia, entre los meses de Septiembre y Octubre de 1993, bajo el patrocinio del Excmo. Ayuntamiento de Teba¹. La excavación estuvo dirigida, además de por quien suscribe, por Virgilio Martínez Enamorado, Antonio Morgado Rodríguez y Elena Roncal Los Arcos.

Esta campaña en Los Castillejos de Teba no se concibió como una actuación aislada, sino que se enmarca en un proyecto mucho más amplio, cuyo objetivo es el estudio de las interacciones entre el sistema colonial fenicio arcaico establecido en la costa malaqueña, los desarrollos tartésicos que parten desde el valle del Guadalquivir y las comunidades indígenas de este sector de las Béticas occidentales durante las postrimerías del Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro, es decir, el lapso cronológico comprendido desde el siglo VIII al VI a.C. Las bases teóricas y metodológicas que guían esta investigación ya se han expuesto en otros trabajos (GARCÍA ALFONSO, MORGADO RODRÍGUEZ y RONCAL LOS ARCOS, 1995; GARCÍA ALFONSO, MARTÍNEZ ENAMORADO y MORGADO RODRÍGUEZ, 1995), por lo que no se insistirá sobre ellas. El objeti-

1. Deseo testimoniar mi gratitud a la Corporación Municipal de Teba por su decidido apoyo a las investigaciones en Los Castillejos. Por su especial interés en el desarrollo de la intervención de 1993 quiero mencionar al Concejal de Cultura de la villa, D. Manuel Pinta Galán. Igualmente, dar las gracias a D. Pedro López Santos, propietario de los terrenos, quien amablemente nos facilitó su autorización para realizar las excavaciones. Asimismo, agradecer a D. Jesús Martín Mora su colaboración en los trabajos de campo.

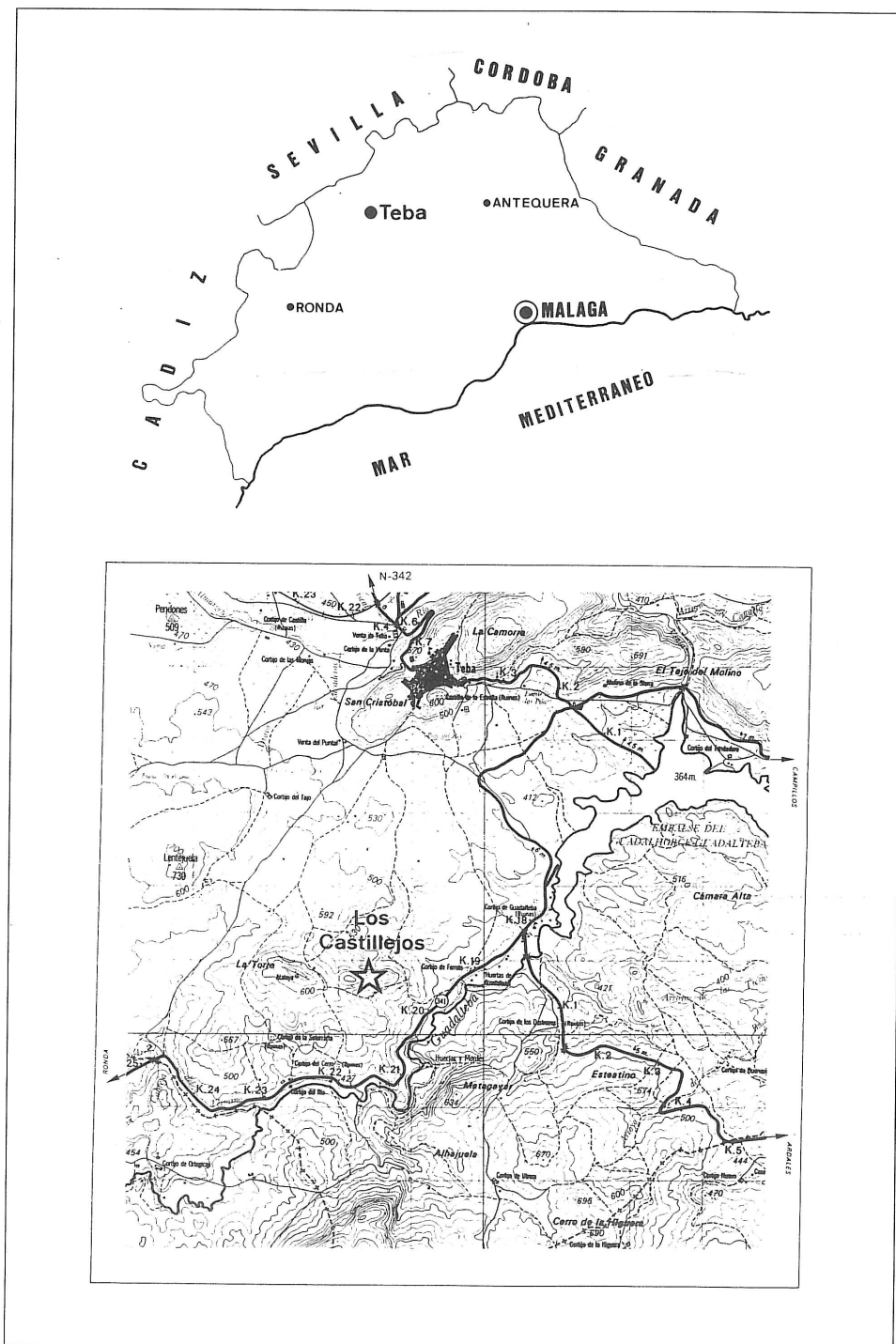


Fig. 1

vo del presente artículo² no es exponer planteamientos en el ámbito de las ideas generales o en el de los mecanismos de relación entre fenicios y gentes autóctonas, sino presentar unos materiales, dar a conocer una estratigrafía y sacar conclusiones de carácter cronológico, todo ello producto de la primera excavación científica que se ha llevado a cabo en Los Castillejos de Teba.

2. PLANTEAMIENTO GENERAL DE LA EXCAVACIÓN

La zona escogida para efectuar la intervención fue la terraza más oriental del cerro (Fig. 2), debido a que era la más afectada por las labores de carrilación. Al mismo tiempo, en este sector se daban algunas circunstancias que lo hacían prometedor respecto a la existencia de niveles de los siglos VIII-VI a.C. Tales eran la aparición de materiales a mano y a torno en los mismos estratos, la localización de cerámicas pintadas diferentes de las típicas del Ibérico Pleno y la escasez de materiales encuadrables en dicho horizonte cultural, lo que quizás señalase el desdoblamiento de este sector del cerro en un momento inicial del siglo V a.C.

Por otro lado, esta terraza de Los Castillejos es muy favorable para un hábitat humano, ya que constituye una amplia meseta de algo más de una hectárea de superficie, bien defendida por farallones rocosos. Además, constituye la zona del yacimiento más próxima al río Guadalteba, que discurre a unos 600 m. de la misma, por terrenos de vega fluvial y tierras pandas.

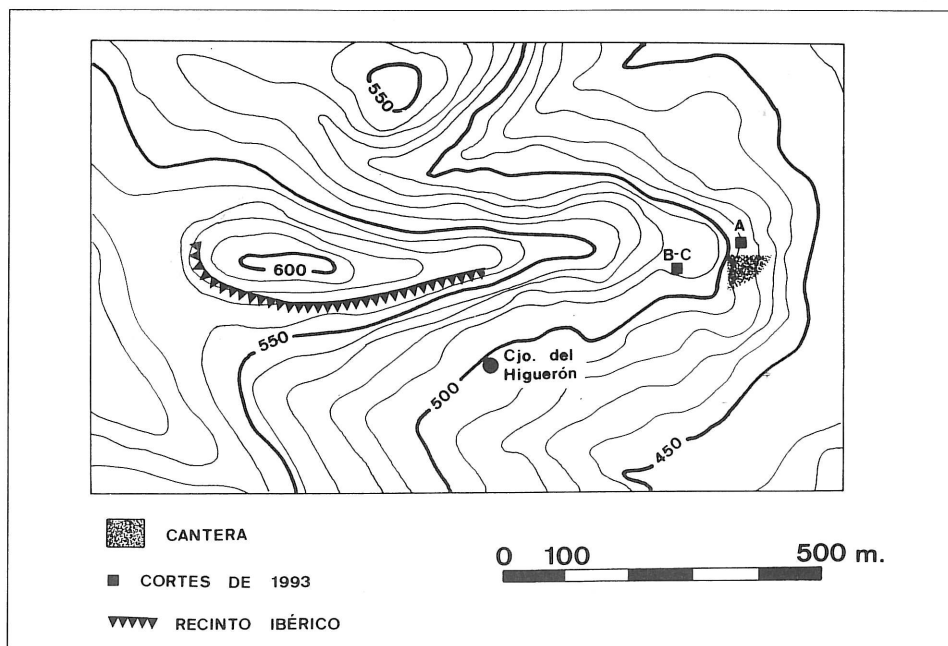


Fig. 2

2. Entregado para su publicación en Enero de 1995.

Se procedió a la apertura de tres cortes en lados opuestos de la terraza, para documentar diferentes sectores de ésta.

El llamado corte A (dimensiones 1'5 por 2 m.) se efectuó en la vertiente nororiental, sobre el mismo carril de la cantera. La tierra estaba muy alterada por la erosión, conteniendo escasos materiales de tipo ibérico y a mano. A una profundidad aproximada de 30 cm. apareció la roca madre, por lo que este corte fue abandonado tras su limpieza y perfilado.

El núcleo de la intervención se centró entonces en los llamados cortes B y C. Ambos se realizaron sobre el mismo talud de la pista que da acceso a esta terraza oriental, en la zona suroeste de la misma, junto a una amplia vaguada que separa este sector del cerro de sus partes más elevadas, en las que se encuentra el recinto fortificado ibérico.

La motivación que llevó a abrir aquí ambos cortes fue el afloramiento de estructuras en el terraplén del camino, asociadas a cerámicas a mano y a torno. Ambos cortes se plantearon de forma idéntica: parte sobre el mismo carril, donde los niveles arqueológicos superficiales habían sido arrasados por los *bulldozers*, y parte al interior del talud, donde los estratos parecían intactos. Así se explican las considerables diferencias de cota que existen entre las esquinas iniciales de ambos cortes, en ocasiones de más de 1'5 m., debido a que había que salvar el desnivel existente entre el suelo original de la terraza y el firme de la pista. Los dos cortes se dispusieron en paralelo, con una proximidad de 5 m. entre sus lados más cercanos, y una orientación en sentido norte-noreste/sur-suroeste, para estar lo más perpendicular posible tanto al eje del camino como a las estructuras visibles en el terraplén, a fin de facilitar los desplazamientos dentro de la excavación. El punto «O» se ubicó al noreste del sector a estudiar, con unas cotas mínimas de inicio de 0'34 m. para el corte B y 1 m. para el corte C.

3. LA ESTRATIGRAFÍA

3.a) Corte B

Tiene unas dimensiones de 3 por 3 m. (Fig. 3) y sólo ha existido verdadera excavación en el sector situado al norte del talud del carril, siendo el resto de los límites líneas imaginarias.

Al ser cortado parte del terreno por la apertura del camino, los hitos estratigráficos eran visibles en el mismo talud, lo que permitió la excavación del corte por niveles naturales y el conocimiento con anticipación del momento en que iban a aparecer las estructuras constructivas. Hasta una profundidad de 1'33-1'34 m., sobre la que se asienta la vivienda aparecida en el corte, se han individualizado cuatro niveles (Fig. 4):

NIVEL I. Tierra vegetal negruzca, muy alterada por el arado. Potencia media 25 cm. y posición horizontal. Contiene materiales muy rodados, entre los que hay algunos fragmentos ibéricos y a mano.

NIVEL II. Tierra grisácea clara, más compacta que la anterior. El estrato ocupa una posición inclinada en su base, aumentando la potencia hacia el perfil este, con un máximo de 54 cm., mientras que por el lado contrario se estrecha enormemente, aunque no llega a perderse. Materiales más abundantes, pero también muy rodados, aumentando enormemente la proporción de cerámicas a mano.

NIVEL III. Tierra grisácea, de textura compacta, que constituye una estrecha banda que buza en sentido este-oeste, con una potencia media de 12 cm., que aumenta hacia los perfiles. El estrato contiene mayor cantidad de material que los dos anteriores, mucho más *in situ*, aunque muy fragmentado.

NIVEL IV. Tierra rojiza clara, compacta. La base es horizontal ya que apoya sobre un pavimento de cal (sólo conservado y excavado parcialmente). La parte superior buza de este a oeste. Potencia máxima 47 cm. y mínima 16 cm. Es el único nivel del corte que contiene estructuras, que deben corresponder a una vivienda. Además, es el que ha proporcionado mayor cantidad de material de toda la excavación.

3.b) Sondeo

Sobre el mismo carril, dentro del corte B, se abrió un sondeo de 1 m. por 1 m. (Fig. 3). La intención era detectar los niveles más antiguos del yacimiento, aunque únicamente se profundizó hasta llegar a un estrato con cerámicas exclusivamente a mano, no llegando en ningún momento a niveles estériles ni a la roca madre del cerro.

Para realizar el sondeo se aprovechó lo más posible la zona del talud del camino que había quedado debajo del nivel IV del corte B, justo bajo el primer pavimento de cal. De esta manera, la denominación de la estratigrafía se hizo correlativamente a la del corte, en orden a establecer una secuencia diacrónica con lo excavado anteriormente (Fig. 4).

Los dos estratos superiores del sondeo –el V y el VI– sólo pudieron ser individualizados en el perfil, ya que habían sido destruidos con la apertura de la pista. Ambos muestran una tierra muy similar, marrón clara y de textura compacta. El NIVEL V es completamente horizontal y de potencia uniforme –10 cm.–, debido a que se encuentra delimitado por dos pavimentos de cal, designados con los números 1 y 2. El NIVEL VI se ensancha hacia el este, con una potencia máxima de 12 cm. y mínima de 8. Como estos dos niveles no fueron realmente excavados, sino sólo perfilados, se optó por no recoger ningún material de los mismos. Por otro lado, tampoco apareció nada significativo.

Los tres niveles inferiores identificados en el sondeo sí pudieron ser excavados, al encontrarse por debajo del piso del camino. Dichos estratos se caracterizan por su marcada posición horizontal, que contrasta con la acusada pendiente del actual carril. Igualmente, en ellos (niveles VII y VIII) disminuyen de forma acusada los hallazgos de cerámica a torno, que quedan reducidos a escasos fragmentos, aunque los ejemplares aquí localizados son del mayor interés. Por último, en el nivel IX, el más profundo excavado, únicamente se constata la presencia de cerámica a mano. La estratigrafía es la siguiente:

NIVEL VII. Es el más potente de todos los detectados en el sondeo, con un espesor máximo de 24 cm, que disminuye hacia los extremos. La tierra, compacta, es de color rojizo. En él se localizó un fragmento de plato de engobe rojo de borde estrecho. En su parte superior derecha se individualiza perfectamente un estrato de cenizas discontinuo, con una potencia de 5 cm., que descansa sobre este nivel, por lo que su formación debe relacionarse con el mismo y no con el VI, inmediatamente superior. La presencia de dicha capa con señales de fuego puede indicarnos la existencia de un hogar, más que la de un hipotético estrato de incendio.

NIVEL VIII. Ligeramente inclinado hacia el oeste, su potencia máxima es de 11 cm. La

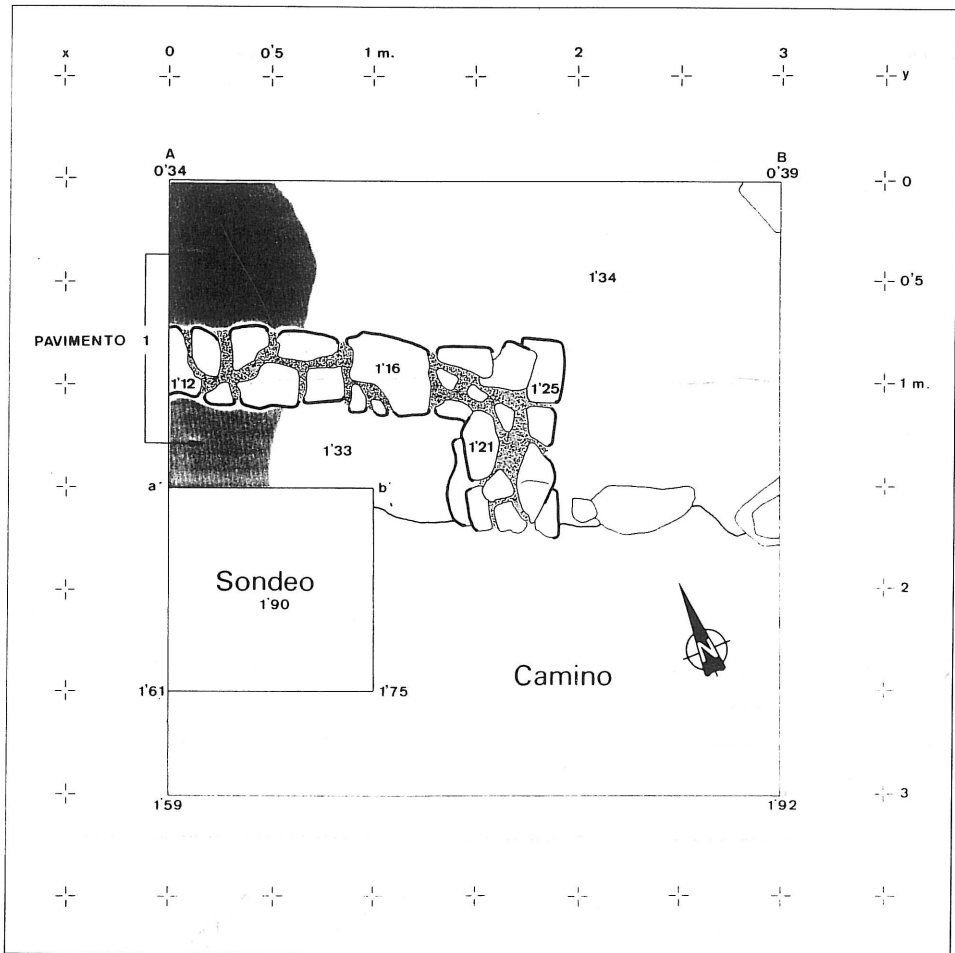


Fig. 3

tierra es grisácea, compacta, conteniendo abundante material cerámico, destacando la presencia de un jarro piriforme (*oinochoe*) de engobe rojo.

NIVEL IX. Con un espesor máximo de 13 cm., en él se alcanzó la cota mínima de la excavación. Está formado por tierra gris oscura, muy compacta. Los hallazgos son también muy numerosos y de los más interesantes de la excavación, formados exclusivamente por cerámicas a mano, con gran variedad de temas decorativos y tratamientos superficiales. La base de este nivel es casi horizontal, habiéndose formado sobre un estrato de arcilla de color rojo apagado, limpia y sin apenas material arqueológico, depósito sedimentario que sólo se excavó muy parcialmente, deteniéndose el sondeo al llegar a dicho punto.

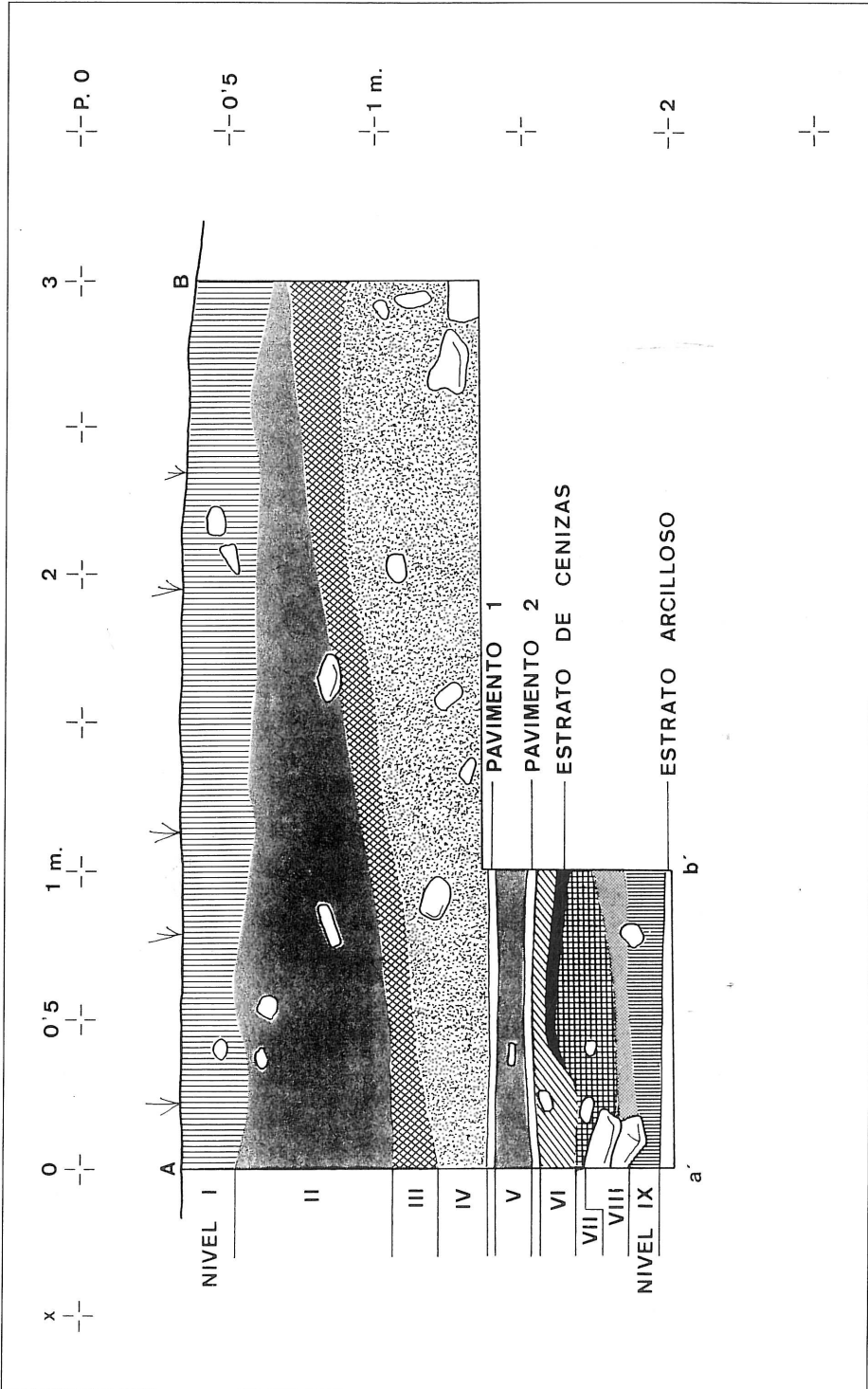


Fig. y 4

3.c) Corte C

Fue el de mayor superficie levantada de toda la excavación, con unas dimensiones finales de 6 por 4 m., debido a las sucesivas ampliaciones (Fig. 5).

La mayor parte de este corte se encuentra ocupado por los restos de una muralla, bastión o línea de fortificación, por lo que sólo se ha documentado estratigrafía al interior de dicha estructura, que ha actuado como parapeto contra la erosión natural y antrópica. Al mismo tiempo y por esta causa, el área excavada con secuencia deposicional es mucho menor que en el corte B. Se han distinguido tres niveles (Fig. 6):

NIVEL I. Tierra negruzca y suelta, que corresponde a la zona arada, rica en materia orgánica. Aumenta de potencia hacia el norte, con un espesor mínimo de 9 cm., sobre la muralla, y máximo de 40. Los materiales son rodados y revueltos, más bien escasos, conteniendo algunas cerámicas ibéricas. Este nivel se correlaciona con el I del corte B.

NIVEL II. Es el más interesante del corte, ya que con él se relaciona la gran estructura descubierta, habiendo proporcionado, por otro lado, materiales significativos. La tierra es gris y compacta. Con una posición casi horizontal, su potencia es considerable, ya que en algunos puntos supera ligeramente los 50 cm. La zona superior buza un poco hacia arriba, para elevarse sobre los restos de la gran construcción detectada. Este nivel se ha dividido en dos subniveles (IIa y IIb), separados por un delgado estrato que hemos llamado «de cantillos», a falta de una denominación mejor, pues no sabemos si se trata de una arroyada difusa o de un depósito intencionado, aunque sí se descarta que sea un pavimento. Se trata de un estrecho filete (5 cm. de potencia) formado por pequeñas piedrecillas, que no contienen apenas tierra entre sí, lo que nos avala una formación rápida para dicho estrato; un dato llamativo es la posición totalmente horizontal que tiene. Tanto por encima como por debajo de esta capa, el nivel II se mantiene totalmente homogéneo, tanto desde el aspecto edafológico como en lo referente a hallazgos. La capa más inferior, el NIVEL IIb, se formó contemporáneamente o muy poco después de la construcción de la estructura, cuya base se encuentra en la zona de contacto entre el nivel II y el inmediatamente inferior; en esta zona han aparecido materiales escasamente rodados y de buena calidad, en especial en lo referente a cerámica policroma. Este nivel II se correlaciona con el III del corte B.

NIVEL III. Sólo excavado parcialmente, se encuentra por debajo de la estructura, que no llega a penetrar en él, sino a lo sumo muy levemente. En su parte superior (la única conocida) tiene una posición horizontal, siendo la tierra rojiza clara, compacta. Disminuye la cantidad de material respecto al nivel II, pero algunos fragmentos no dejan de tener interés como un asa geminada aparecida justo debajo de la hilada más profunda de la construcción y el fragmento de un borde de ánfora. Se correlacionaría con el nivel IV del corte B.

4. LAS ESTRUCTURAS

Novedad que ha aportado la excavación de 1993 en Los Castillejos de Teba es el estudio de parte de dos construcciones, cuyo interés radica en la escasez de datos bien documentados sobre elementos de hábitat que tenemos en las tierras interiores de la provincia de Málaga para este intervalo de los siglos VIII-VI a. C., si exceptuamos los de

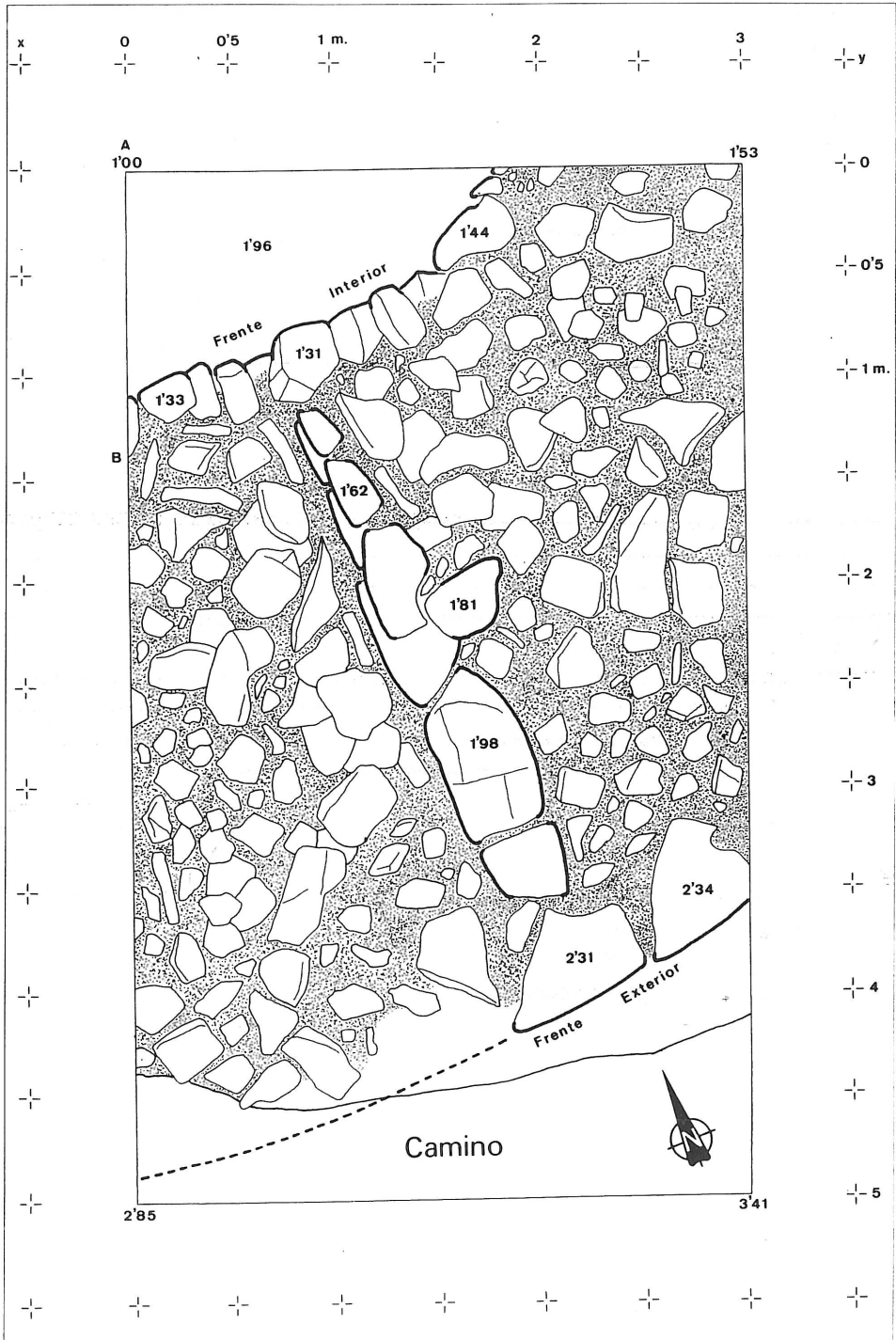


Fig. 5

Acinipo, sólo publicados de forma parcial, y otros aún no bien conocidos en diferentes lugares.

4.a) La vivienda del corte B

En el nivel IV de este corte pudo excavarse la esquina rectangular de una estructura, con sus dos muros convergentes, que se ha identificado como parte de una vivienda (Fig. 3).

En lo conocido, los muros documentados miden respectivamente 1'94 m. y 0'57 m., siendo su anchura media de 0'40 m. El material de construcción son lajas de arenisca calcárea, de grano fino, color amarillento y dureza considerable. Este tipo de piedra abunda en los alrededores de Castillejos y difiere notablemente de la brecha caliza rosácea del cerro. El tamaño y forma de las piedras empleadas es variado, desde bloques irregulares de unos 40 cm. en diagonal hasta paralelepípedos con escuadre intencionado de 30 cm. Como aglomerante se utiliza barro, combinado con piedras pequeñas a modo de calzos y para rellenar los intersticios. Como alzado, en algunas partes se conservan dos hiladas, pero en la mayor parte sólo queda una.

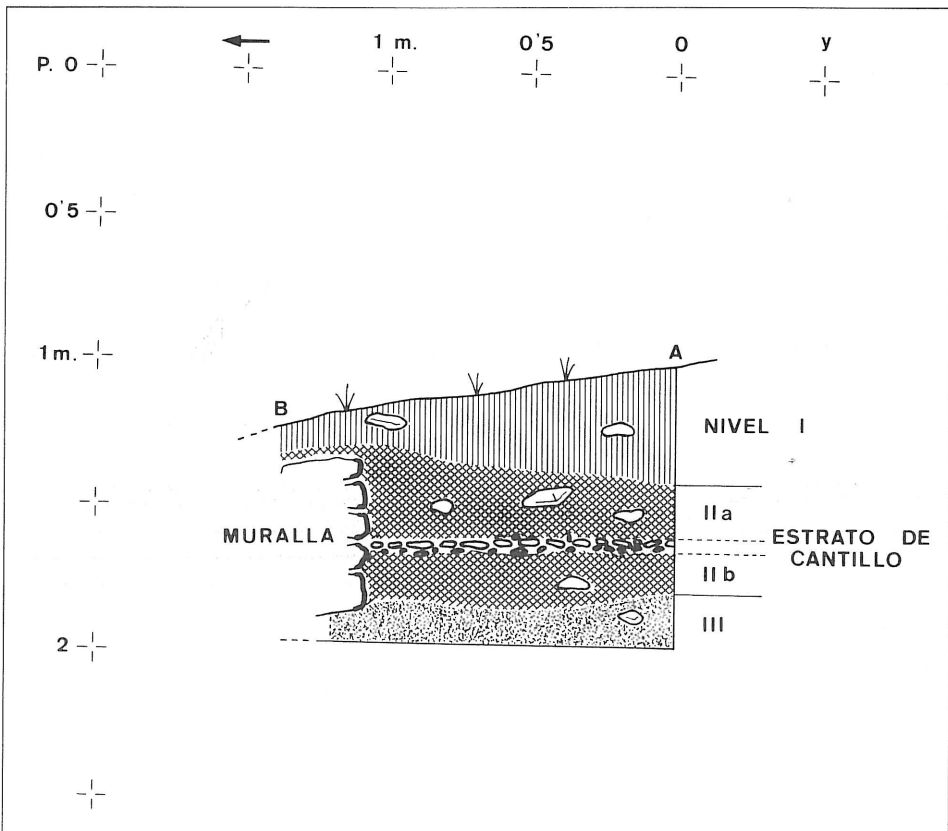


Fig. 6

Inmediatamente por debajo de la vivienda aparecen los restos de un pavimento de cal, designado con el número 1, que se introduce en los perfiles norte y oeste, estando destruido hacia el centro del corte. Este piso artificial está hecho a base de cal, arena y gravilla, que se extendería a modo de lechada directamente sobre la tierra, previamente nivelada y apisonada, dejándolo secar al sol. Sin ninguna cama de asiento, la vida útil de estos suelos era muy corta. No parece posible establecer una relación entre los muros excavados y el piso artificial, ya que éste aparece a ambos lados del más largo, el cual no rompe dicho pavimento, sino que se coloca encima. Ante este hecho parece más acertado atribuir a la vivienda una cronología relativa ligeramente más reciente que al suelo de cal. Como tampoco se observa en el perfil oeste la presencia de fosa de cimentación para el muro que se introduce en él, la combinación de estos datos hace pensar que la vivienda se construyó con rapidez y una cierta improvisación. Además este pavimento 1, conocemos también otro más antiguo, designado con el número 2. Ambos se encuentran separados por el nivel V, de escasa potencia, que indica, por un lado, una renovación periódica de este tipo de suelos a consecuencia de su pronta degradación, y, por otro, continuidad en el uso del mismo espacio a lo largo del tiempo.

Debido a que la estructura sufrió deterioro al abrir el camino y a que la mayor parte se encuentra aún sin excavar, no conocemos ni remotamente cómo sería su planta completa, pero es evidente que estamos ante una vivienda rectangular. La aparición de estructuras de habitación con muros rectos y compartimentación interna la encontramos ya en el mundo argárico del Sureste, para ser sustituidas por plantas ovaladas o circulares en el llamado Bronce Tardío y las primeras fases del Bronce Final (MOLINA GONZÁLEZ, 1978: 205 y 209). Sin embargo, la gran explosión de este tipo de unidades domésticas, ya con verdadera planta rectangular, tiene lugar con la llegada de los fenicios. Este tipo de viviendas permite una racionalización tanto del espacio urbanístico de los asentamientos como de las diferentes actividades cotidianas y económicas, incorporando incluso algunas novedades constructivas como la pavimentación artificial y los umbrales de piedra en las puertas de acceso. En todos los establecimientos coloniales de la costa malagueña conocemos numerosos ejemplos de estas estructuras desde la primera mitad del siglo VIII a. C., que tampoco faltan en zonas del interior, aunque con una datación más tardía en al menos un siglo. Cabe citar, sin salirnos del entorno inmediato, el grupo de casas rectangulares excavadas en Acinipo, que se superponen a un nivel de cabañas circulares (AGUAYO DE HOYOS *et alii*, 1986: fig. 3) y la vivienda conocida en Raja del Boquerón, en Ardales (MARTÍN CÓRDOBA *et alii*, 1991-92: fig. 8).

4.b) La fortificación del corte C

La excavación de este corte ha permitido documentar los restos de una gran construcción, seguramente de carácter defensivo y que posiblemente configura una línea de muralla o un bastión. Dicha estructura fue destruida en parte con la apertura de la pista de acceso a esta terraza del cerro, visualizándose su presencia en el talud dejado por la maquinaria pesada. La anchura total de esta construcción es de 3'45 m., ocupando todo el espacio del corte en desarrollo longitudinal, por lo que se introduce en los perfiles norte, este y oeste (Fig. 5).

Su planta es ligeramente curva, pudiéndose ver su presencia en la superficie por los

característicos declives del terreno, concretamente en las proximidades del corte C, observaciones de las que deducimos que la estructura se adapta a la curva de nivel.

El material de construcción es piedra, tanto bloques calizos rosáceos del mismo cerro de Los Castillejos como lajas de arenisca calcárea amarillenta de los alrededores. En lo conservado, la muralla o bastión presenta al interior un alzado de cuatro hiladas, que en el perfil oeste llega a cinco, con una altura media de 0'5 m. El frente exterior sólo presenta una hilada, formada por dos grandes bloques irregulares de base y parte superior planas.

La técnica para erigir esta fortificación es bastante simple. Sin excavar previamente ningún tipo de fosa de cimentación, en ambos frentes se colocaron piedras de tamaño grande (bastante mayores en el exterior que en el interior), mientras que el núcleo del muro se rellenó con un ripio a base de piedras más pequeñas trabadas con barro; de este modo, tenemos una estructura maciza. Las fuertes presiones laterales que debió experimentar la construcción desde el interior hacia ambos frentes, acentuadas a consecuencia de la curvatura de la misma y mayores conforme ganaba altura, fueron disminuidas por la colocación de un contrafuerte interior transversal, a base de una hilada de piedras de tamaño casi ciclópeo. Este aditamento dotó al muro de cierta articulación, dándole mayor resistencia y permitiendo, al mismo tiempo, el relleno de su interior por sectores, a fin de facilitar este cometido. La construcción se encuentra descarnada, debido a la erosión y al paso de los arados, ya que este sector del cerro se ha estado cultivando hasta hace poco tiempo.

Estratigráficamente la estructura se asocia al nivel IIb del corte C, ya que su basamento apoya sobre la parte superior del nivel III, no penetrando prácticamente en éste último, que le sirve de nivelación para la primeras hiladas, debido a su posición horizontal.

Las características de este tipo de fortificación son frecuentes en el sur peninsular en estos momentos. La ausencia de fosas de cimentación, el trazado de los frentes a base de bloques de tamaño grande y el relleno del interior con piedras pequeñas y barro son medios que permiten levantar un recinto amurallado en poco tiempo y con un esfuerzo moderado. En contrapartida, las reparaciones debían hacerse con cierta frecuencia. Como ejemplos citaremos, entre otros, la muralla de Tejada la Vieja, fechada a fines del siglo VIII (GARCÍA SANZ, 1987), y la del Cerro de las Cabezas, de Fuente Tójar (Córdoba), datada a mediados del siglo VI a. C. (VAQUERIZO GIL, QUESADA SANZ y MURILLO REDONDO, 1991: 39, fig. 11). Más próxima geográficamente a Teba, pero más tardía, ya que se viene situando en los siglos VI-V a. C. es la fortificación de la Silla del Moro, junto a Acinipo (AGUAYO DE HOYOS *et alii*, 1993).

5. LOS MATERIALES

La excavación de 1993 en Los Castillejos de Teba ha permitido obtener un abundante y variado elenco de materiales, que asciende a un total de 692 piezas, entre cerámica, huesos, conchas y escorias de metal. De ellos, un total de 647 fragmentos tienen posición estratigráfica en los cortes B-C y en el sondeo (Fig. 7), siendo el resto de recogida superficial en la zona a excavar, corte A y limpieza de perfiles. El interés de este material radica en la información que aporta para el intervalo de los siglos VIII-VI a. C. en el interior de las tierras malagueñas. Por un lado, nos permite elaborar una tipología cerámica

de las postrimerías del Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro en este sector de las Béticas occidentales, confirmándonos la amplia perduración de las producciones a mano hasta momentos muy avanzados del siglo VI. Por otro, supone la confirmación definitiva de la presencia de cerámicas orientalizantes tartésicas en la zona septentrional de la provincia de Málaga, además de revelarnos una circulación de «prestigio» hacia el interior de las primeras cerámicas a torno, que no son otras que los engobes rojos fenicios.

5.a) Cerámicas a mano

Son las más abundantes, siempre con una proporción superior al 50%, a excepción de los niveles I y IV del corte B y I del C.

Presentan una gran variedad en cuanto a pastas: desde unas arcillas claras color siena ($N_{00} A_{50} M_{20}$)³ con mínimos desgrasantes, hasta otras muy oscuras con pequeñas piedras en su interior. La cocción es siempre reductora, aunque hay matices, que indican elaboraciones a temperaturas diferentes, señalando también distintos grados de dureza, mayor cuanto más ennegrecida está la pieza.

Las formas no presentan gran variedad, estando dentro de las habituales del denominado Bronce «Reciente» en Andalucía occidental:

- Cuencos muy abiertos de borde engrosado al interior (Fig. 8, a, b, c).
- Cuencos de borde liso (Fig. 8, d, e, f).
- Vasos acampanados (Fig. 8, g).
- Fuentes de paredes verticales o poco exvasadas, con borde engrosado al exterior (Fig. 8, h; Fig. 9) o liso (Fig. 8, i).

La gran mayoría de estos recipientes tienen fondos planos (Fig. 8, j, k). Los fragmentos recuperados pertenecen a ejemplares de tamaño pequeño/mediano, concebidos para funciones distintas del almacenaje, que conocemos en otros lugares cercanos, tales como Huertas de Peñarrubia (GARCÍA ALFONSO, MORGADO RODRÍGUEZ y RONCAL LOS ARCOS, 1995: 34-35).

Tipológicamente se observa escasa evolución en los recipientes, que permanecen con formas muy constantes desde los niveles más profundos excavados hasta la superficie. Los paralelos hay que buscarlos en el repertorio cerámico de las postrimerías del Bronce Reciente/Final e inicios de la Edad del Hierro en Andalucía.

No resulta extraño, dada la proximidad geográfica del valle del Guadalteba respecto al potente foco cultural que supone el bajo Guadalquivir desde los inicios del primer milenio a.C., que las producciones a mano que encontramos en Los Castillejos nos remitan a Andalucía occidental. Así, podemos considerar al cuenco de borde engrosado al interior como una de las formas más características del yacimiento, tanto es así que la encontramos en cerámica a mano y, más adelante, a torno, con una gran variedad en el tratamiento de las superficies. Estos recipientes se constatan en el bajo Guadalquivir des-

3. Para la identificación precisa de las tonalidades se han utilizado las tablas de KÜPPERS, H. (1994, 1ª reimp.), *Atlas de los colores*, Barcelona. Para no hacer un discurso demasiado tedioso sólo se dan las coordenadas cromáticas que nos parecen de mayor interés.

de el Bronce Reciente III A, fechado entre los años 750 y 650, teniendo una larga perduración hasta momentos muy tardíos. Los cuencos de borde liso se encuadran mejor en la fase siguiente, Bronce Reciente III B, entre 650 y 550 a. C., pero se conocen desde el Bronce Reciente II, entre los años 1000 y 750. Los vasos acampanados tienen una cronología que abarca todo el Bronce Reciente III de Andalucía occidental (PELLICER CATALÁN, 1989). Algunas escasas formas nos remiten a la cultura material que conocemos en Andalucía oriental, tales como ollas de paredes casi verticales y borde ligeramente exvasado, en concreto para las etapas Bronce Final II y III, entre los años 850-750 y 750-600 a. C., respectivamente (MOLINA GONZÁLEZ, 1978).

Frente a la monotonía que se observa en la tipología cerámica, en cambio sí existe gran diversidad en el tratamiento de las superficies, elemento que hemos utilizado para la sistematización de las producciones a mano. De este modo distinguiremos entre decoradas (digitadas, incisas y pintadas) y sin decoración. Estas últimas, de menor interés, pero cuya presencia es mayoritaria, pueden presentar superficies toscas, bruñidas o espatuladas al interior, al exterior o a ambos lados (Fig. 9).

La cerámica con impresiones digitales a la altura del cuello (Fig. 10, a) es la más escasa, ya que sólo se han recuperado 3 fragmentos, todos en el nivel IX del sondeo. Las formas son vasos de boca exvasada y cuerpo de tendencia ovoide, que han sido clasificados recientemente como forma 8 (LADRÓN DE GUEVARA SÁNCHEZ, 1994: 152-157). Materiales de este tipo aparecen en casi todos los yacimientos de los siglos VIII-VI a. C., extendiéndose desde Huelva al Levante peninsular, con ramificaciones por el valle del Ebro. Por citar sólo los del entorno inmediato, mencionaremos El Cerrajón y Raja del Boquerón, en el límite de Ardales (MARTÍN CÓRDOBA y otros, 1991-92: figs. 4, 5 y 9), así como en Acinipo (AGUAYO DE HOYOS, CARRILERO MILLÁN y MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1989: 335). Estas producciones tampoco son desconocidas en las colonias fenicias, como, por ejemplo, Toscanos (SCHUBART, NIEMEYER y PELLICER, 1969: lám. XXIII, 190a y 684).

La cerámica con decoración incisa es también escasa y exclusiva del nivel IX del sondeo. Los motivos se desarrollan sobre vasos acampanados y sobre otros recipientes indeterminados de cuerpo globular. Encontramos el tema del zig-zag (Fig. 10, b), como los conocidos en Huertas de Peñarrubia (GARCÍA ALFONSO, MORGADO RODRÍGUEZ Y RONCAL LOS ARCOS, 1995: 35) y en diferentes lugares de la Campiña del Guadalquivir. Otros elementos incisos son las decoraciones romboidales, configurando una retícula (Fig. 10, c), que aparecen también en los yacimientos cercanos del valle del Turón, como El Calvario y Peña de Ardales (MARTÍN CÓRDOBA y otros, 1991-92: figs. 6 y 7), o los más lejanos de Aratispi (PERDIGUERO LÓPEZ, 1991-92: fig. 6, nº. 21) y Toscanos (SCHUBART, NIEMEYER y PELLICER, 1969: lám. XXIII, 847), por citar sólo algunos de la provincia de Málaga. Cabe destacar también la presencia de un fragmento con decoración «grabada» (Fig. 10, d), que no es más que una variante de la incisa, realizado con un afilado punzón cuando el vaso está ya cocido; en este caso los motivos son lineales, muy similares a los conocidos en Ardales, destacando por su abundancia en Raja del Boquerón (MARTÍN CÓRDOBA *et alii*, 1991-92: fig. 9).

La cerámica con decoración pintada es más abundante, localizándose desde el nivel IV del corte B hacia los inferiores del sondeo y también a partir del nivel II del corte C hacia

NIVELES →	CORTE B				SONDEO				CORTE C			
	I	II	III	IV	V-VI	VII	VIII	IX	I	IIa	IIb	III
A MANO (TOTAL)	18	49	57	50		29	87	67	5	44	21	24
Pintadas	-	-	-	2		3	2	5	-	2	1	1
Bruñidas	1	7	3	14		9	2	26	-	3	4	6
Digitadas / Incisas	-	-	-	-		-	-	3/4	-	-	-	-
Toscas	17	42	54	34	55	17	83	29	5	39	16	17
A TORNO (TOTAL)	19	10	22	52		5	3	-	11	35	14	9
Engobe rojo	-	-	-	-	Excavar	1	1	-	-	-	-	-
Policromas	2	1	7	15		-	-	-	-	10	5	1
Grises	1	3	7	4		-	-	-	-	11	-	-
Orientalizantes	-	2	-	1		-	-	-	-	-	-	-
Ánforas	-	-	2	1		-	-	-	2	-	-	2
Sin tratamiento	16	4	6	31		4	2	-	9	14	9	6
IBÉRICAS (TOTAL)	12	-	-	-		-	-	-	4	-	-	-

Fig. 7

abajo. Los fragmentos pintados con forma nos remiten a vasos acampanados, presentan la pintura en la zona del cuello (Fig. 11). Los tonos empleados se encuentran dentro de la gama del rojo claro-rosáceo ($N_{20} A_{60} M_{50} / N_{20} A_{20} M_{80}$), perdiéndose el colorante con facilidad. Los motivos son muy simples: bandas horizontales y frisos de triángulos, que alternan con superficies espatuladas sin pintar, negras o beigeas. Con estos productos nos introducimos en el mundo de las cerámicas pintadas del Bronce Final meridional, cuyo exponente más conocido son las cerámicas tipo Carambolo, aunque los fragmentos de Los Castillejos de Teba son de una calidad muy inferior a éstos. Si en el valle bajo y medio del Guadalquivir conocemos una gran cantidad de lugares donde aparecen las cerámicas pintadas a mano, no ocurre lo mismo en Andalucía oriental, donde sólo aparecen esporádicamente (PELLICER, 1989: 178-179). Incluso están ausentes, de momento, de los niveles de los siglos VIII-VII a. C. que se han excavado en Acinipo (AGUAYO DE HOYOS, CARRILERO MILLÁN y MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1991: 562) y en Aratispi, al igual que en los yacimientos de esta época prospectados en el valle del Turón. La presencia de estos productos en Los Castillejos de Teba quizás pueda explicarse por una mayor vinculación con los núcleos de la cercana cuenca del Guadalquivir.

En el nivel IX del sondeo apareció un fragmento de un prisma de sección triangular, incompleto y de cocción mediocre. En su superficie presenta una decoración incisa que pudiera estar dotada de sentido simbólico, consistente en varias líneas paralelas por un lado y en un motivo ramiforme por el otro (Fig. 12). La forma nos es conocida en Huertas de Peñarrubia (GARCÍA ALFONSO, MORGADO RODRÍGUEZ Y RONCAL LOS ARCOS, 1995: 34) y en el asentamiento indígena de Montilla, en la desembocadura del Guadiaro (SCHUBART, 1989: fig. 7), así como en el poblado granadino del Cerro de los Infantes (MENDOZA *et alii*, 1981: abb. 18, k). Del motivo ramiforme no encontramos paralelos en el entorno cercano, siendo similar a algunos esquemas compositivos de la cerámica de retícula bruñida de Huelva (BELÉN y FERNÁNDEZ-MIRANDA, 1982: figs. 1, nº. 1-3; 2, nº. 14) y San Bartolomé de Almonte (RUIZ MATA y FERNÁNDEZ JURADO, 1986: 203; fig. 37, nº. 9; lám. LXXIV, 998).

5.b) Cerámicas a torno

Dentro de este grupo la variedad de productos es mucho mayor que en las cerámicas a mano. El torno aparece en el yacimiento a partir del nivel VIII del sondeo, en principio con importaciones muy escasas de engobes rojos fenicios. Tras la falta de datos que suponen los estratos VI y V, sólo detectamos su generalización total en el nivel IV del corte B, donde muchos de los materiales que aparecen deben ser de fabricación local.

5.b.1) Cerámica de engobe rojo

Con seguridad, elementos que podemos calificar de engobes rojos llegados desde la costa sólo poseemos dos piezas, pero que resultan altamente significativas.

En el nivel VIII del sondeo apareció un fragmento de jarro piriforme u *oinochoe* (Fig. 13). Se trata de parte del cuello, con pasta de calidad cuyo núcleo está ennegrecido. Lógicamente sólo presenta engobe ($A_{50} M_{99} C_{10}$) al exterior, muy perdido en algunas zonas. El interior del recipiente muestra marcadas líneas de torneado. Por sus paredes gruesas

y su perfil alto, citaremos como paralelos cercanos los jarros nº 551 de Trayamar-1 y nº 603 de Trayamar-4, fechados a mediados del siglo VII (SCHUBART y NIEMEYER, 1976: láms. 13 y 16), data que I. Negueruela (1983: 275) rebaja para estos tipos a la segunda mitad de la centuria.

En el nivel inmediatamente superior, el VII, apareció un fragmento de plato de borde estrecho (22 mm.). La pasta es áspera, fina y con poco desgrasante; únicamente presenta engobe rojo ($A_{50}M_{70}C_{30}$) al interior y en el borde (Fig. 14). Este plato se encuadraría dentro de la fase I del Morro de Mezquitilla, por lo que su datación se situaría en la primera mitad del siglo VIII a. C. (SCHUBART, 1986: 69; fig. 6).

El hallazgo de estas piezas en dos de los niveles más antiguos excavados hasta hoy en Los Castillejos resulta muy significativo, aunque sólo podemos darle una valoración cronológica relativa al aparecer el fragmento más arcaico en un nivel superior al más reciente, quizás por una cierta revulsión de la estratigrafía. Su interés, más allá de lo estrictamente deposicional, radica en su aislamiento, como las casi únicas piezas a torno aparecidas en un contexto de cerámicas a mano (v. cuadro resumen). Esto nos indicaría dos características de los momentos iniciales de contacto entre los fenicios y las gentes indígenas del valle del Guadalteba: por un lado, la penetración de los productos coloniales hacia el interior es muy rápida; por otro, las primeras mercancías que se introducen son las que podemos considerar bienes de «lujo» dentro de la vajilla fenicia, lo único conocido de momento.

Este doble carácter de comercio temprano y de «prestigio» lo vemos confirmado también en otros lugares del traspáis de montañas y altiplanicies que cierran por el norte la costa mediterránea andaluza. Así, estos elementos, calificados de «intrusivos», son los que definen el Bronce Final III en el Sureste (MOLINA GONZÁLEZ, 1978: 223). Un plato de borde estrecho, aunque algo más tardío que éste de Los Castillejos de Teba, y un fragmento de jarro piriforme aparecen también entre los primeros materiales a torno del yacimiento granadino del Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona), a orillas del Genil, en concreto en su fase II (CARRASCO, PASTOR y PACHÓN, 1981: fig. 7, nº 33-34). También en los niveles del siglo VIII a. C. de Acinipo se conocen platos de engobe rojo de borde estrecho (AGUAYO et alii, 1986: 36). En el arco atlántico andaluz también ocurre algo similar, pues en Huelva el fragmento a torno con forma más antiguo que conocemos pertenece a un jarro de engobe rojo, seguramente de tipo globular, localizado en la fase IIIb del Cabezo de San Pedro, fechada en el Tartéssico Medio I, en la primera mitad del siglo VIII (RUFETE TOMICO, 1988-89: 23 y 25; FERNÁNDEZ JURADO, 1988-89).

5.b.2) *Cerámica policroma*

Este grupo está formado, en su mayoría, por fragmentos de galbos de perfil globular (Fig. 15), aunque alguno presenta un marcado cuello (Fig. 16, a). Los que conservan el borde nos remiten a formas como ollas más o menos abiertas con asas geminadas (Fig. 16, b), vasos de cuello estrecho con la boca exvasada y pintada al interior y al exterior (Fig. 16, c) y cuencos de perfiles variados (Figs. 17-18).

Las arcillas son, en general, de calidad. Están bien depuradas y contienen pequeñas partículas micáceas como desgrasantes. La cocción es oxidante, obteniendo superficies

anaranjadas lisas y porosas. El núcleo interior de las paredes de los vasos suele estar ligeramente ennegrecido, configurando la típica pasta «sandwich».

Algunas veces la pintura se aplica directamente sobre la superficie del vaso, sin ningún tratamiento previo, pero la mayoría llevan un engobe amarillento claro que actúa como soporte de la decoración. Los colores son los corrientes en este tipo de cerámica: rojo oscuro, marrón grisáceo y negro, que, en general, se conservan bastante bien, aunque la capa pintada salta con facilidad. El repertorio decorativo es el habitual de bandas horizontales alternantes y paralelas, bien conocido tanto en los asentamientos fenicios de la costa como en los poblados indígenas del interior de la provincia de Málaga (RECIO RUIZ, 1993), además de en otros muchos lugares del sur peninsular.

Una decoración interesante es la que presentan dos fragmentos del nivel IIa del corte C, que seguramente pertenecen al mismo recipiente (Fig. 15, c-d). Se trata de una banda ancha roja vinosa horizontal ($A_{40} M_{80} C_{40}$), flanqueada por filetes estrechos negros. Composición idéntica con pasta muy similar encontramos en la excavación de urgencia efectuada en Abril de 1993 en el cercano Castellón de Gobantes (Campillos), en la confluencia de los ríos Guadalhorce, Guadalteba y Turón (GARCÍA ALFONSO, MARTÍNEZ ENAMORADO, MORGADO RODRÍGUEZ y RONCAL LOS ARCOS, en prensa). En el Cerro del Villar se documenta una jarra con un esquema decorativo muy parecido, hallada en el estrato II del corte 3, fechado por las importaciones griegas entre los años 600-560 a.C. (AUBET SEMMLER, 1990 a: fig. 9, f; 1990 b: 247).

Dentro de la cerámica policroma, los cuencos merecen una atención especial, con dos variantes en cuanto a su forma: de perfil en «S» (Fig. 17, b; FIG. 18) y hemisféricos con el borde engrosado al interior (Fig. 17, a). Cada tipo presenta decoraciones diferentes.

El primero, con dos ejemplares procedentes del corte C, tiene carena señalada y paredes exvasadas. Uno de ellos (Fig. 17, b) lleva toda su superficie cubierta de pintura roja oscura ($A_{50} M_{30} C_{50}$) de buena calidad, tanto al interior como al exterior. Por su forma y decoración encuentra paralelos en la misma ciudad de Málaga, concretamente en los niveles inferiores del Teatro Romano (ISSERLIN, HARDEN y MUÑOZ GAMBERO, 1975: fig. 5, nº. 3; fig. 13, nº. 11) y en el sondeo del Colegio de San Agustín (RECIO RUIZ, 1990: fig. 32, nº. 16), pero en cerámica gris.

En el nivel IIb del corte C, en la base de la muralla, dentro de su frente interior, se localizó el otro fragmento de cuenco de perfil en «S», con las paredes muy exvasadas. Su decoración es a base de engobe marrón claro ($A_{50} M_{30} C_{30}$) y bandas estrechas horizontales más oscuras, tanto al interior como al exterior (Fig. 18). La datación de esta pieza es esencial para fijar la cronología de construcción de la línea de fortificación descubierta en la excavación de 1993. La forma es de origen oriental, documentándose en Samaría, Hazor y Khaldé, fechándose en la región sirio-palestina en los siglos X-VIII a.C. En la Península Ibérica aparece en Toscanos, con decoración similar, aunque sin fecha precisa (SCHUBART y MAASS-LINDEMANN, 1984: 88-89, fig. 5, nº. 149). Doña Blanca es el enclave fenicio del sur hispano donde mejor se encuentra datada esta forma, calificada como «pátera», apareciendo en los niveles de los siglos VIII-VII con engobe rojo, para de-

saparecer en el VI (RUIZ MATA, 1993: 47, 50, 57 y 66; figs. 7, nº. 5-6, 8, nº. 5-6 y 10, nº. 3). En los poblados indígenas la tenemos en El Carambolo con engobe rojo (RUIZ MATA, 1986 a: 553; fig. 10, nº. 2). El paralelo más cercano en cuanto a forma y decoración –aunque ésta sólo al exterior– es una pieza calificada como «de importación» y que procede del estrato V del corte I de la Mesa de Setefilla, fechado en la segunda mitad del siglo VI a. C. (AUBET, 1989: 307 y 326; fig. 22).

Los cuencos hemiesféricos de borde engrosado al interior destacan por su abundancia y su fino acabado, tanto en cerámica a mano, gris o polícroma. En esta última variedad, la decoración consiste en rellenar borde e interior de un color rojo oscuro ($A_{50} M_{80} C_{50}$), mientras que el exterior se aplica un engobe anaranjado ($N_{00} A_{70} M_{50}$), este último tono de tacto jabonoso (Fig. 17, a). Cuencos con idéntica forma y decoración están bien fechados en Doña Blanca, donde se encuentran en el siglo VI a. C. (RUIZ MATA, 1993: fig. 12, nº. 5-7). También se conocen en el Cerro Macareno, apareciendo en los niveles 22 y 21, datados a fines del siglo VII y toda centuria siguiente (PELLICER, ESCACENA y BENDALA, 1983: fig. 108, nº. 9-10).

5.b.3) *Cerámica gris*

Aunque no ha aparecido de manera abundante en la excavación, los fragmentos recuperados se caracterizan por su calidad. La pasta está muy depurada, siendo de gran dureza y sonido metálico. Las superficies son brillantes y muy bruñidas, con una sensación untuosa al tacto; los tonos van desde el gris muy oscuro, casi negro, al gris claro.

La forma que aparece casi con exclusividad son los cuencos de borde engrosado al interior, algunos de gran diámetro (Fig. 19, a), que corresponden a la forma 2-a de A. M. ROOS (1982: 59; fig. 3) o 20 B de A. CARO BELLIDO (1989: 172-173). La difusión y cronología de este tipo cerámico es muy amplia, apareciendo en numerosos yacimientos andaluces con niveles de los siglos VII al V a.C. En el entorno de la bahía de Málaga se conocen en Cerro del Villar (ARRIBAS y ARTEAGA, 1975: 77) y en el sondeo de San Agustín (RECIO RUIZ, 1990: fig. 49, nº. 11 y 50). En algunos lugares de la cuenca media del Guadalquivir se puede observar como los bordes engrosados van evolucionando hasta desaparecer por completo en el siglo V a. C., como se constata en la Colina de los Quemados (LUZÓN y RUIZ MATA, 1973: fig. 24).

En mucha menor cuantía aparecen otras formas diferentes, destacando un cuenco de borde saliente y ligeramente curvo, aparecido en el nivel IIa del corte C (Fig. 19, b). Encontramos paralelos cercanos, por ejemplo, en el sondeo de San Agustín (RECIO RUIZ, 1990: fig. 41, nº. 9 y 64).

5.b.4) *Cerámica orientalizante*

La excavación ha proporcionado tres fragmentos amorfos, todos en el corte B. La pasta es depurada, con desgrasantes finos y núcleo interior ennegrecido por la cocción. Todos llevan decoración polícroma bien conservada –excepto uno–, con colores como rojo, negro y rosado, aplicados sobre la superficie previamente tratada con un engobe ligeramente brillante y muy diluido.

Los dos fragmentos procedentes del nivel II del corte B presentan motivos geométricos. El primero es parte del cuello de un recipiente de boca exvasada; al interior se decora con una banda roja; al exterior presenta dos filetes estrechos horizontales en negro que enmarcan una franja en rojo ($A_{40} M_{30} C_{50}$), debajo de ésta hay un friso de triángulos con el vértice hacia abajo, a modo de «dientes de lobo», que alternativamente se pintan en rojo y negro (Fig. 20, a). Esta composición de la pared exterior se encuadraría como una variante del motivo que F. MURILLO REDONDO (1986: fig. 4), identifica como B.1.2. Tipológicamente la pieza que nos ocupa podría pertenecer a lo que dentro de la producción cerámica orientalizante se viene llamando «ánforas», donde el cuello se decora de forma similar a este fragmento de Los Castillejos, como vemos, por ejemplo, en Montemolín (CHAVES TRISTÁN y BANDERA ROMERO, 1993: fig. 3).

El otro fragmento es parte de un galbo de tendencia globular, decorado también con un motivo triangular similar al anterior, pero de mayor tamaño. La mayor parte de lo conservado está constituida por la propia superficie arcillosa sin pintar, delimitada por líneas negras, acompañadas de zonas en rojo (Fig. 20, b). Paralelo cercano donde alternan triángulos rellenos de color y otros vacíos lo encontramos en el fragmento orientalizante de El Casar, en Utrera (MANCEBO DÁVALOS, 1993: fig. 1).

El tercer fragmento aparecido en la excavación se localizó en el nivel IV del corte B. Corresponde también a un galbo globular u ovoide. La decoración, casi perdida en algunas zonas, consiste en un capullo de loto o papiro cerrado, sólo conservado en parte: junto a un tallo central sin colorear, se disponen los pétalos en tono rosado ($N_{10} M_{10} C_{80}$), delimitados por finas líneas negras (Fig. 20, c). Motivo floral similar lo encontramos en un «ánfora» de Montemolín (CHAVES TRISTÁN y BANDERA ROMERO, 1993: fig. 9).

El hallazgo de estos materiales en Los Castillejos de Teba supone una importante novedad para la arqueología malagueña. La distribución de las cerámicas orientalizantes ha estado circunscrita hasta hace poco a la Campiña media del Guadalquivir, apareciendo algunos escasos fragmentos aislados en algunas colonias fenicias como Cerro del Villar, Toscanos y Villaricos, además de ciertos poblados indígenas de la altiplanicie de Guadix-Baza, como Galera, y del Levante meridional, caso de la Peña Negra de Crevillente (MURILLO REDONDO, 1989: figs. 1-2). En los últimos tiempos, la aparición de estos productos se viene constatando en el sector noroccidental de las Béticas, con fragmentos en Acinipo (AGUAYO DE HOYOS, CARRILERO MILLÁN y MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1991: 568) y Cerro Gordo, lugar situado en el cercano municipio sevillano de Gilena (BANDERA ROMERO, 1989), a los que hay que añadir ahora los aparecidos en la excavación de 1993 en Los Castillejos de Teba.

A la luz de estos nuevos hallazgos, cabe traer a colación aquí un fragmento superficial que fue recogido en Soterraña, lugar a 1 km. escaso de Los Castillejos. A. Recio, descubridor y editor de la pieza, prefiere no entrar en valoraciones sobre su posible filiación orientalizante (RECIO RUIZ, 1991-92: 94; fig. 2, nº 1). La decoración de este fragmento permite ver parte de una roseta de ocho pétalos, alternativamente punteados y coloreados, junto -a juicio del que suscribe- a los cuartos traseros de un équido o un bóvido. Estos motivos se asocian, por ejemplo, en un «ánfora» de Montemolín (CHAVES TRISTÁN y BANDERA ROMERO, 1993: fig. 7). Al fragmento orientalizante de Soterraña habría que añadir otro hallado también en superficie en los mismos Castillejos, que presenta deco-

ración geométrica y que se encuentra en la colección de D. Ildelfonso Felguera Herrera, de Campillos, pieza que se presenta por vez primera⁴ (Fig. 20, d). Resulta evidente que, con un total de 5 fragmentos orientalizantes, Teba debe figurar a partir de ahora en los mapas de dispersión de dicha cerámica, ya que contabiliza más hallazgos que algunos yacimientos situados en lo que se denomina «área nuclear» de estas producciones, centrada en los valles inferiores de los ríos Guadajoz, Genil y Corbones (MURILLO REDONDO, 1989: 156-158).

5.b.5) Ánforas

La excavación ha sido muy pobre en este tipo de hallazgos, ya que sólo se contabilizan un total de siete fragmentos, de los que únicamente dos son bordes.

Las pastas son de color anaranjado, con cocción oxidante hacia el exterior de la pared de los recipientes y ligera veta grisácea en el núcleo interior, configurando el típico «*sandwich*». Presentan superficies lisas, aunque ásperas, en una ocasión cubierta con un engobe amarillento sobre el que se ha pintado una franja rojiza horizontal (Fig. 21, c).

Los bordes recuperados, de aspecto rodado, están engrosados al interior, mientras que uno presenta exterior cóncavo (FIG. 21, a) y el otro tiene la pared ligeramente convexa (Fig. 21, b). El hombro de ambos señala una curvatura suave, tendente a casquete esférico, al que debió corresponder un cuerpo «de saco», tipo R-1. Estos bordes encajan bien en ejemplares del siglo VII a.C., como los aparecidos en Doña Blanca (RUIZ MATA, 1986 b: fig. 7, nº. 3-4) y Trayamar (SCHUBART y NIEMEYER, 1976: láms. 13, nº. 559, y 17, nº. 634).

5.c) Cerámicas ibéricas

Aparecen exclusivamente en el nivel I de ambos cortes, siendo ejemplares muy rodados y de escaso interés.

Las pastas son claras, con atmósfera oxidante, y con desgrasantes bien visibles. En ocasiones, muestran decoración pintada en color rojo vinoso ($M_{99}A_{80}C_{50}$), muy perdida, a base de líneas estrechas horizontales, meandros verticales y cuartos de círculo concéntricos, motivos usuales en la cerámica ibérica meridional.

La mayoría de los fragmentos recuperados son amorfos. Entre los bordes aparecen algunos planos y vueltos al exterior, insinuando un cuerpo globular u ovoide perteneciente a vasos de pequeño tamaño (Fig. 21, a, c). Tipo de borde y dimensiones nos remiten a la forma 1a del depósito alfarero del estrato II del cercano yacimiento sevillano de Alhonor (LÓPEZ PALOMO, 1981: fig. 10), fechado en el siglo III a. C. Bordes similares, pero no idénticos y correspondientes a recipientes de gran diámetro, aparecen en el recinto fortificado ibérico del Cortijo Catalán, de Archidona (RECIO RUIZ, 1984-85: fig. 2, nº. 1).

También contamos con un borde de ánfora de perfil engrosado al interior y estrangulado al exterior (Fig. 22, d). En el Cerro Macareno aparecen tipos similares, aunque con

4. Mi agradecimiento a D. Ildelfonso Felguera Herrera, vecino de Campillos, quien puso a nuestra disposición su interesante colección arqueológica.

el adelgazamiento menos acusado, en los niveles 10 y 9, fechados entre fines del siglo IV y principios del III (PELLICER CATALÁN, 1978: fig. 8, nº. 1571 y 1638).

6. LA CRONOLOGÍA

Punto de gran interés es la datación de los diferentes niveles identificados en la excavación, para lo que únicamente contamos con las cerámicas, las estructuras documentadas y la propia disposición de la secuencia (Fig. 23).

El nivel IX del sondeo (unidad estratigráfica nº. 14) es el más antiguo de los detectados, como prueba la aparición únicamente de cerámicas a mano, que no ofrecen ninguna diferencia con las ya conocidas durante las últimas fases de la Edad del Bronce en Andalucía occidental. Los materiales estudiados vienen a situarse en un momento transicional entre el Bronce Reciente III A y B, a lo que hay que añadir la ausencia de torno. Por ello, situaríamos la formación de este nivel en la primera mitad del siglo VIII a. C., que, muy probablemente, es la continuación de etapas más antiguas que aún no se han identificado en el poblado.

Los niveles VIII y VII del sondeo registran las primeras importaciones fenicias, que, lógicamente, deben llegar desde la costa malagueña. Sin embargo, no parece que haya una rápida adopción del torno, pues las producciones a mano siguen siendo mayoritarias en ambos estratos, con porcentajes alrededor del 95% del total. La existencia de un desfase temporal de unos 100 años entre los dos fragmentos de engobe rojo documentados y la aparición del aparentemente más reciente en un estrato inferior al más antiguo nos obliga a adoptar una cierta cautela respecto a la fecha de formación de estos niveles, que situaríamos globalmente entre mediados del siglo VIII y los años centrales de la centuria siguiente.

La no excavación de los estratos VI y V del sondeo, ya que, como se recordará, fueron destruidos en este sector al abrir el camino, nos impide, por ahora, conocer una fase esencial en el desarrollo de Los Castillejos. Se trataría del momento en que el «impacto colonial fenicio» se materializa en el poblado. Vemos que en estos niveles aparecen los pavimentos de cal (unidades estratigráficas nº. 9 y 7), lo que indica un cambio importante en la concepción de, al menos, ciertas viviendas. Acorde con esto, sospechamos que ahora es cuando debe producirse la adopción del torno. Como carecemos de materiales de estos depósitos, por omisión fecharíamos este circunstancial *hiatus* en la segunda mitad del siglo VII a. C.

Si pasamos ya a los niveles de los cortes B y C, no debemos perder de vista las correlaciones entre ellos, como puede visualizarse en la matriz Harris. La continuidad en algunos de los estratos identificados viene a señalar la cronología relativa de las estructuras descubiertas, resultando de especial interés para la dinámica urbana del asentamiento establecer la anterioridad y posterioridad de dichas construcciones.

El nivel IV del corte B y el III del corte C vienen a ser la misma unidad estratigráfica, la nº. 5, común a ambos. En ella la cerámica a torno llega a superar ligeramente a la cerámica a mano -en el corte B-, presentando, además, una gran variedad de tipos. De todas maneras, la coexistencia prácticamente a partes iguales de ambas técnicas alfareras no debe sorprendernos, ya que la adopción plena del torno fue un proceso muy lento; así,

por no irnos más lejos, en estratos de pleno siglo VII a. C. de Acinipo la cerámica a mano constituye dos tercios del total (AGUAYO DE HOYOS, CARRILERO MILLÁN y MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, 1991: 565). El nivel III del corte B y el II del corte C vienen a ser también un mismo depósito, el nº. 3, que no se diferencia del anterior más que en su naturaleza edafológica, pues contiene idénticos materiales, aunque no en proporciones similares. Los elementos que sirven como indicadores cronológicos nos avalan una fecha del siglo VI a. C. para este complejo grupo de estratos.

Estos niveles son los únicos de la excavación que presentan estructuras, como ya se ha visto. En la matriz Harris los restos de construcciones se convierten también en unidades estratigráficas, lo que permite señalar su posición en una escala de cronología relativa (HARRIS, 1991:77). Así, la vivienda del corte B, con el nº. 6, sería la más antigua, formándose sobre ella los niveles IV del corte B y III del corte C (nº. 5) en un momento posterior. Sobre este depósito se levantaría la línea de fortificación (nº. 4), que actuaría como muro de contención respecto a los niveles III del corte B y II del corte C (unidad estratigráfica nº. 3).

La vivienda debió construirse iniciado ya el siglo VI a.C., en lugar donde antes habían existido otras, como demuestra la superposición de pavimentos. Avanzada ya la centuria, más bien hacia su segunda mitad, se construye la muralla o bastión del corte C, en cuya base aparecen cerámicas bien fechadas en esos momentos.

De cualquier forma, la fortificación tuvo poco tiempo de utilización, porque los depósitos superiores son claramente de abandono. Los niveles II del corte B (unidad estratigráfica nº. 2) y I de ambos cortes (nº. 1) reflejan un notabilísimo descenso de hallazgos, que además aparecen muy rodados. El estrato superficial contiene las únicas cerámicas que se pueden clasificar claramente como ibéricas, pero que tampoco resultan las más numerosas del nivel. La fecha precisa de estas unidades estratigráficas es difícil de establecer, pero deben ser posteriores al año 500 a.C. En un momento indeterminado del siglo V a.C. esta terraza oriental de Los Castillejos se abandona y la población se traslada a las zonas altas del cerro, levantándose a partir de entonces el gran recinto fortificado del Ibérico Pleno.

7. CONSIDERACIONES FINALES

Llegada a su término la exposición de los resultados empíricos que ha proporcionado esta actuación de 1993 en Los Castillejos de Teba, es necesario hacer una serie de valoraciones interpretativas sobre lo excavado. Dada la escasa extensión del área investigada, éstas no pretenden tener un carácter ni mucho menos definitivo, sino constituir un punto de partida para los trabajos futuros, que, lógicamente irán modificando las conclusiones a las que hoy hemos llegado. No cabe duda que un enclave arqueológico de la entidad de Los Castillejos guarda todavía muchísimas sorpresas, máxime cuando su estudio no ha hecho más que empezar.

Sin entrar en valoraciones sobre lo que supone el yacimiento dentro de marcos territoriales de diferente amplitud: local (valle del Guadalteba-cuenca media del Guadalhorce), regional (Béticas occidentales) y general (sur peninsular), donde la dinámica en que se vea implicado puede ser muy diversa según el ámbito estudiado, no cabe duda que Los Castillejos de Teba supone una avanzadilla del mundo cultural del Guadalquivir hacia el Surco

Intrabético. Este basculamiento de las poblaciones del occidente de Málaga hacia la baja Andalucía –en principio– a partir del siglo VIII a.C., se viene constatando desde el inicio de las excavaciones en Acinipo y ha sido recogido en algunos trabajos de síntesis (FERRER PALMA y MARQUÉS MERELO, 1986: 225; SUÁREZ PADILLA, 1992).

La excavación de 1993 en Los Castillejos viene a reforzar dicha aseveración y señala el carácter de zona de paso que tienen las tierras septentrionales malagueñas entre los ámbitos tartésico, fenicio y, en menor medida, el área cultural que se desarrolla en las altiplanicies granadinas.

Ante todo, creo que el mayor interés que tiene la pequeña intervención aquí presentada es la aportación de una secuencia que resulta novedosa en el panorama de la arqueología del horizonte protohistórico en la provincia de Málaga. Hasta hace muy poco tiempo, los investigadores que se dedican a este mundo han centrado toda su atención en el estudio de los asentamientos coloniales fenicios. La misma espectacularidad de los resultados en estos lugares ha supuesto un olvido de las comunidades indígenas. Como resultado de ello, los problemas que afectaban a las poblaciones del *hinterland* no habían sido ni siquiera planteados, resolviéndose este tema en base a dos comodines escasamente explicados: la aculturación y el proceso de iberización. Este panorama no puede mantenerse en el momento actual, especialmente después de que los trabajos de M. E. AUBET (1993), iniciados en la segunda mitad de la década de los 80, hayan otorgado un papel a estas gentes autóctonas y hayan planteado hipótesis sobre las que habrá que trabajar en los próximos años para superar esta «asignatura pendiente» de la arqueología en Málaga. En esta línea se sitúa la excavación de 1993 en Los Castillejos de Teba.

BIBLIOGRAFÍA

AGUAYO DE HOYOS, P., CARRILERO MILLÁN, M. y MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G. (1989), «Excavaciones en el yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, vol. II: Actividades Sistemáticas, pp. 333-337.

— (1991), «La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la Depresión de Ronda (Málaga)», *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (Roma, 1987), vol. II, pp. 559-571.

AGUAYO DE HOYOS, P. *et alii* (1986), «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución», *Arqueología Espacial*, 9: Coloquio sobre el microespacio-3 (del Bronce Final a la época ibérica), Teruel, pp. 33-58.

— (1993), «Excavaciones arqueológicas sistemáticas en el yacimiento de La Silla del Moro. Primera campaña, 1990», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1990, vol. II: Actividades Sistemáticas, pp. 248-254.

ARRIBAS, A. y ARTEAGA, O. (1975), *El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, Serie Monográfica, 2.

AUBET SEMMLER, M. E. (1989), «La Mesa de Setefilla: la secuencia estratigráfica del corte 1». *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp. 297-338.

— (1990 a), «Cerro del Villar, 1987. Informe de la 1ª campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987, vol. II: Actividades Sistemáticas, pp. 310-316.

— (1990 b), «Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga). Estudio de los materiales de la campaña de 1987», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1988, vol. II: Actividades Sistemáticas, pp. 244-249.

— (1993), «Cerro del Villar, Guadalhorce (Málaga). El asentamiento fenicio y su interacción con el hinterland», *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía, 1985-1992. Proyectos*, Huelva, pp. 471-479.

BANDERA ROMERO, M. L. de la (1989), «Cerro Gordo, un yacimiento orientalizante de la sierra sur sevillana (Gilena, Sevilla)», *Habis*, 20, pp. 293-306.

CARO BELLIDO, A. (1989), *Cerámica gris a torno tartesia*, Cádiz.

CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHÓN, J. A. (1981), «Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp. 307-354.

CHAVES TRISTÁN, F. y BANDERA ROMERO, M. L. de la (1993), «Problemática de las cerámicas "orientalizantes" y su contexto», *Actas del V Coloquio de Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (Colonia, 1989), Salamanca, pp. 49-89.

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988-89), «Cuadro resumen», *Huelva y Tartessos*, Huelva Arqueológica, X-XI, 4.

FERNÁNDEZ RUIZ, J. (1980), *Perduraciones de las formas culturales de las colonizaciones en el mundo indígena hasta la romanización en la provincia de Málaga*, Memoria de Licenciatura (inédita), Universidad de Granada.

FERRER PALMA, J. E. y MARQUÉS MERELO, I. (1986), «El Cobre y el Bronce en las tierras malagueñas», *Homenaje a Luis Siret* (Cuevas de Almanzora, 1984), Sevilla, pp. 251-261.

GARCÍA ALFONSO, E., MARTÍNEZ ENAMORADO, A. y MORGADO RODRÍGUEZ, A. (1995), *El bajo Guadalteba (Málaga): espacio y poblamiento. Una aproximación arqueológica a Teba y su entorno*, Málaga.

GARCÍA ALFONSO, E., MORGADO RODRÍGUEZ, A. y RONCAL LOS ARCOS, E. (1995), «Valle del Guadalteba (Málaga). Impacto fenicio en el hinterland», *Revista de Arqueología*, 165, pp. 32-41.

GARCÍA ALFONSO, E., MARTÍNEZ ENAMORADO, V., MORGADO RODRÍGUEZ, A. y RONCAL LOS ARCOS, M.E. (en prensa), «El Castellón de Gobantes (Campillos, Málaga). Excavaciones de 1993», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1993.

GARCÍA SANZ, C. (1987), «Excavación de la muralla de Tejada», *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, Huelva Arqueológica, IX, pp. 93-105.

HARRIS, E. C. (1991), *Principios de estratigrafía arqueológica*, Barcelona.

ISSERLIN, B. S. J., HARDEN, D. B. y MUÑOZ GAMBERO, J. M. (1975), «Excavaciones arqueológicas en Málaga, 1974», *Jábega*, 12, pp. 6-28.

- LADRÓN DE GUEVARA SÁNCHEZ, I. (1994), *Aportación al estudio de la cerámica con impresiones digitales en Andalucía*, Cádiz.
- LÓPEZ PALOMO, L. A. (1981), «Alhonor: excavaciones de 1973 a 1978», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11, pp. 33-187.
- LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D. (1973), *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*, Córdoba.
- MANCEBO DÁVALOS, J. (1993), «El vaso con decoración pintada figurativa de El Casar (Utrera, Sevilla). Consideraciones sobre esta cerámica orientalizante», *Antiquitas*, 4, pp. 41-44.
- MARTÍN CÓRDOBA, E. *et alii* (1991-92), «Avance al poblamiento del Bronce Final en la cuenca del río Turón y su intersección con el Guadalhorce (Ardales, Málaga)», *Mainake*, XIII-XIV, pp. 51-78.
- MENDOZA, A. *et alii* (1981), «Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Provinz Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien», *Madrider Mitteilungen*, 22, pp. 171-210.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1978), «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, pp. 159-232.
- MURILLO REDONDO, J. F. (1989), «Cerámicas tartésicas con decoración orientalizante», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16, pp. 149-167.
- NEGUERUELA, I. (1983), «Jarros de boca de seta y de boca trilobulada de cerámica de engobe rojo en la Península Ibérica», *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, vol. II, Madrid, pp. 259-279.
- PELLICER CATALÁN, M. (1978), «Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir según el Cerro Macareno (Sevilla)», *Habis*, 9, pp. 365-400.
- (1989), «El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental», *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp. 147-187.
- PELLICER, M., ESCACENA, J. L. y BENDALA, M. (1983), *El Cerro Macareno*, Excavaciones Arqueológicas en España, 124.
- PERDIGUERO LÓPEZ, M. (1991-92), «La fase del Bronce Final en Aratispi (Cauche el Viejo, Antequera)», *Mainake*, XIII-XIV, pp. 29-50.
- RECIO RUIZ, A. (1984-85), «Aportación a la carta arqueológica del t.m. de Archidona (Málaga). Estudio de un nuevo yacimiento ibérico», *Mainake*, VI-VII, pp. 91-104.
- (1990), *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del sondeo de San Agustín (Málaga)*, Málaga.
- (1991), «Los Castillejos de Teba (Málaga), un recinto fortificado del Ibérico Pleno», *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica* (Manresa, 1990), pp. 303-308.
- (1991-92), «Figuraciones zoomorfas y antropomorfas en la cerámica ibérica pintada malagueña», *Mainake*, XIII-XIV, pp. 89-98.
- (1993), «Vestigios materiales cerámicos de ascendencia fenicio-púnica en la provincia de Málaga», *Madrider Mitteilungen*, 34, pp. 127-141.
- RODRÍGUEZ OLIVA, P. (1984), «La Antigüedad», *Málaga*, vol. II: Historia, Granada, pp. 419-466.
- ROOS, A. M. «Acerca de la antigua cerámica gris a torno de la Península Ibérica», *Ampurias*, 44, pp. 43-70.
- RUFETE TOMICO, P. (1988-89), «Las cerámicas con engobe rojo de Huelva», *Huelva y Tartessos*, Huelva Arqueológica, XI-X, 3, pp. 9-40.
- RUIZ MATA, D. (1986 a), «Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Sudoccidental según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), San Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)», *Homenaje a Luis Siret* (Cuevas de Almanzora, 1984), Sevilla, pp. 537-561.
- (1986 b), «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)», *Los fenicios en la Península Ibérica*, vol. I, Sabadell, pp. 241-263.
- (1993), «Los fenicios de época arcaica -siglos VIII/VII a. C.- en la bahía de Cádiz. Estado de la cuestión», *Os fenicios no território português*, Estudos Orientais, IV, Lisboa, pp. 23-72.
- RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986), *El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*, Huelva Arqueológica, VIII.
- SCHUBART, H. (1986), «El asentamiento fenicio del siglo VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)», *Los fenicios en la Península Ibérica*, vol. I, Sabadell, pp. 59-83.

SCHUBART, H. y MAASS-LINDEMANN, G. (1984), «Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavación de 1971», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 18, pp. 39-210.

SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G. (1976), *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*, Excavaciones Arqueológicas en España, 90.

SCHUBART, H., NIEMEYER, H. G. y PELLICER, M. (1969), *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río de Vélez. Excavaciones de 1964*, Excavaciones Arqueológicas en España, 66.

SUÁREZ PADILLA, J. (1992), «Aproximación al estado de la cuestión sobre el Bronce Reciente en las tierras malagueñas», *Baetica*, 14, pp. 203-214.

VAQUERIZO GIL, D., QUESADA SANZ, F. y MURILLO REDONDO, J. F. (1992), «Protohistoria y romanización en la Subbética cordobesa. Breve perspectiva del Proyecto de Investigación Arqueológica hasta 1991», *Antiquitas*, 3, pp. 36-45.

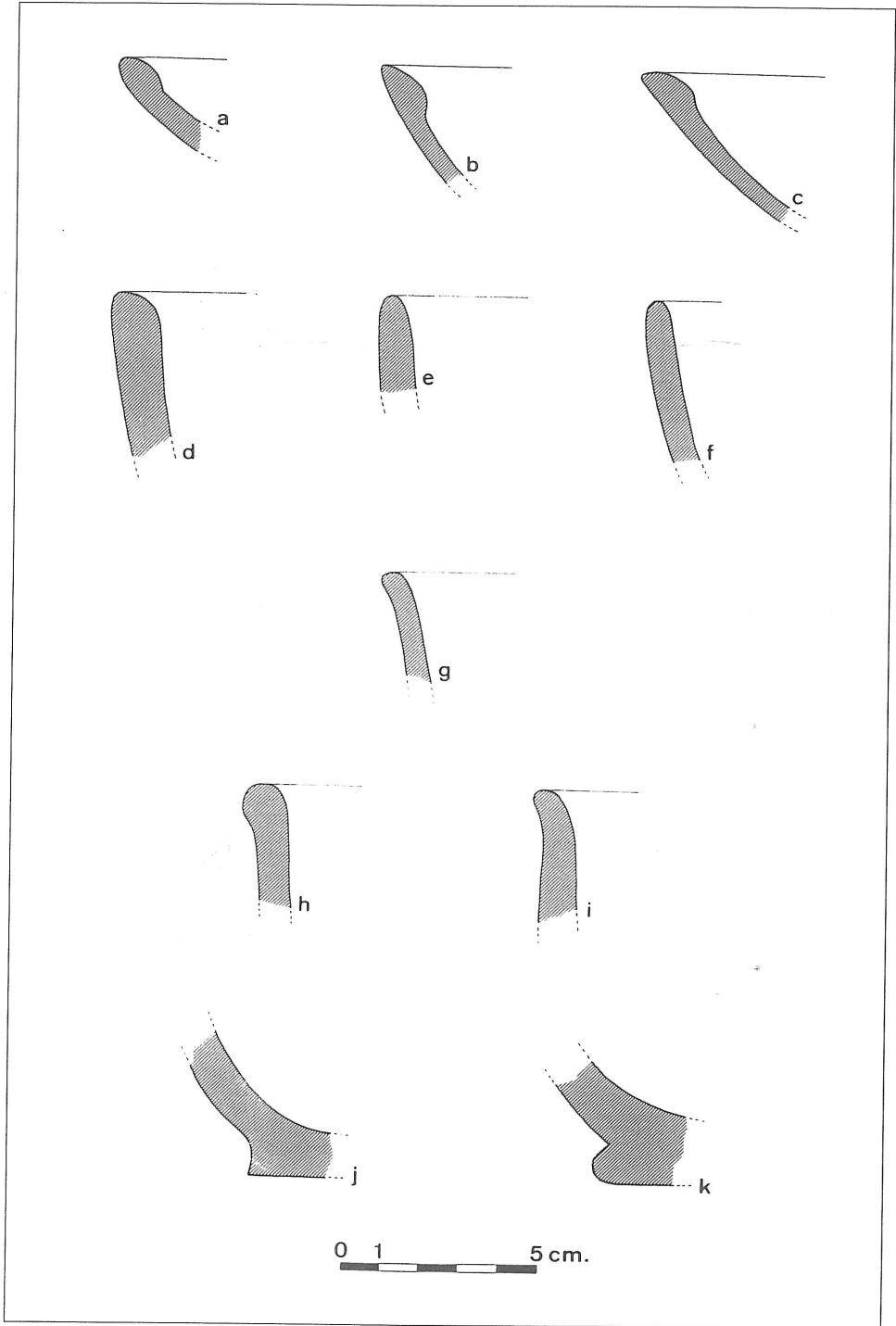


Fig. 8

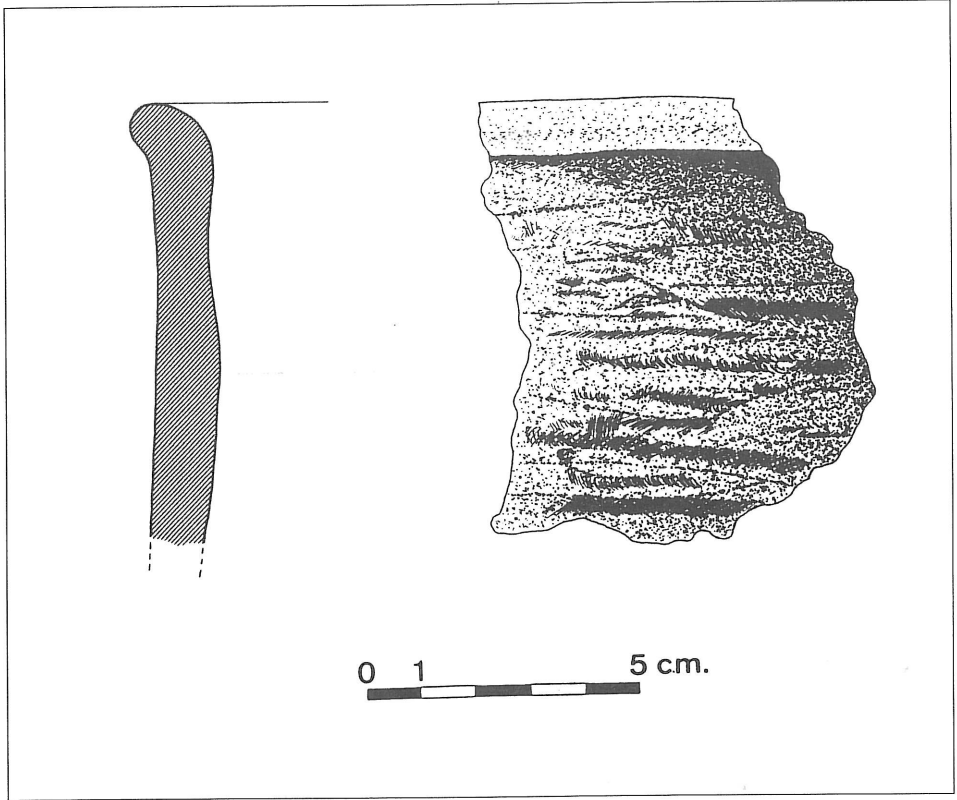


Fig. 9

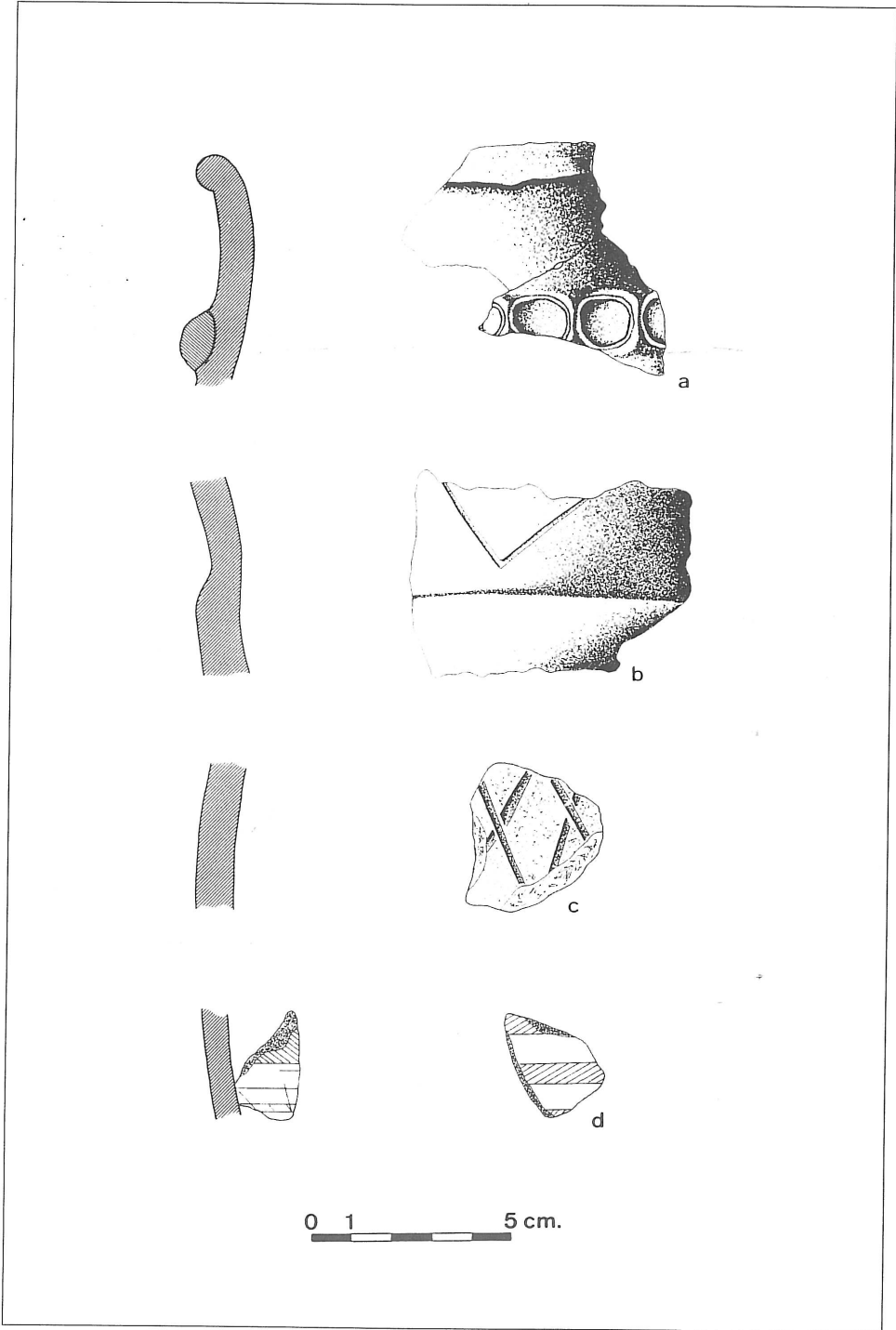


Fig. 10

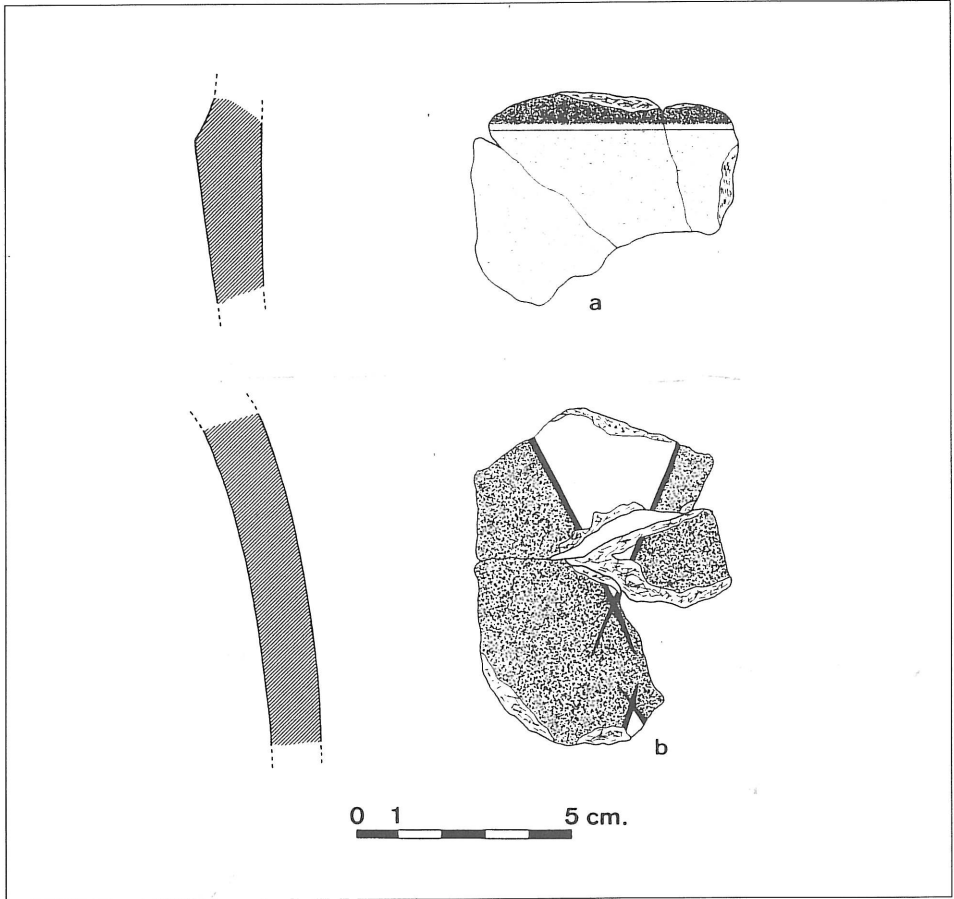


Fig. 11

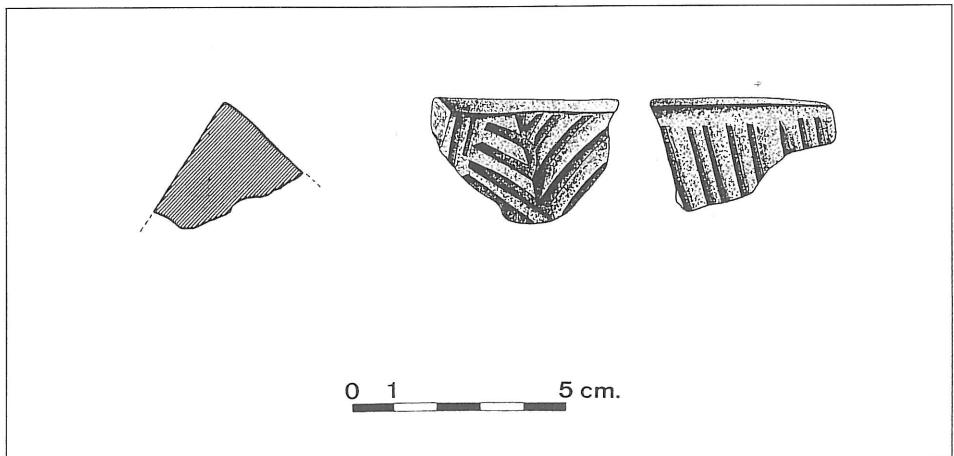


Fig. 12

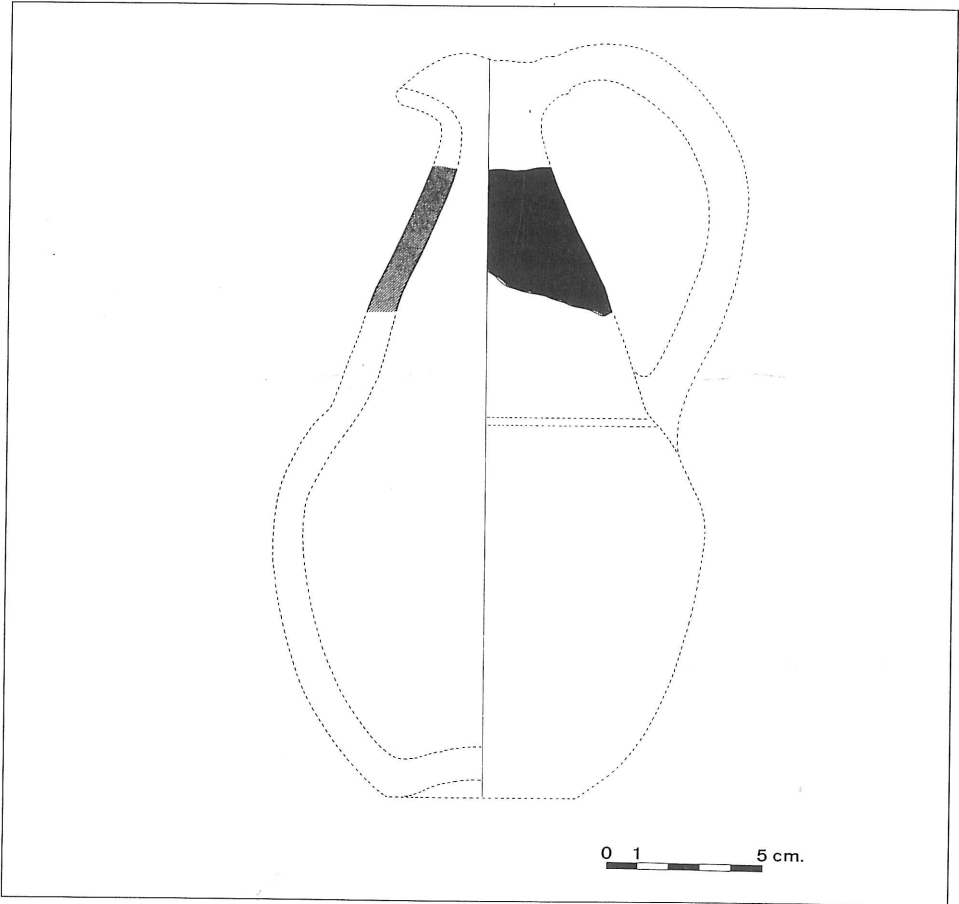


Fig. 13

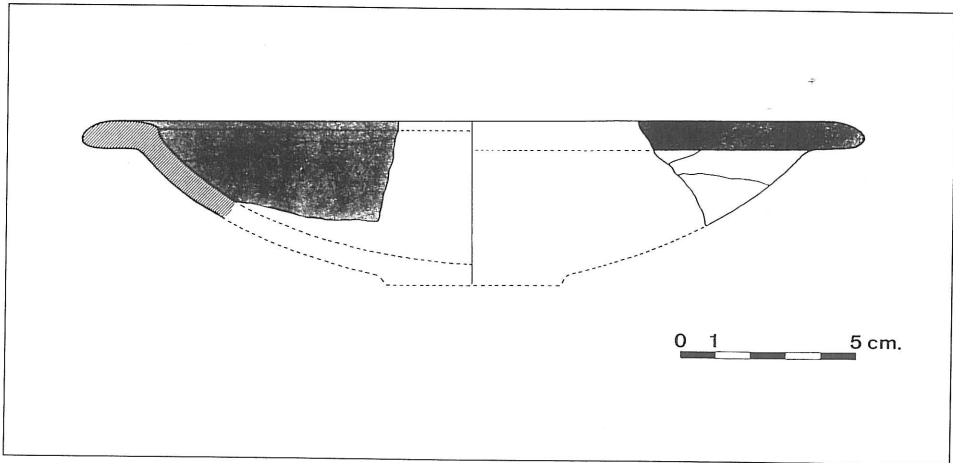


Fig. 14

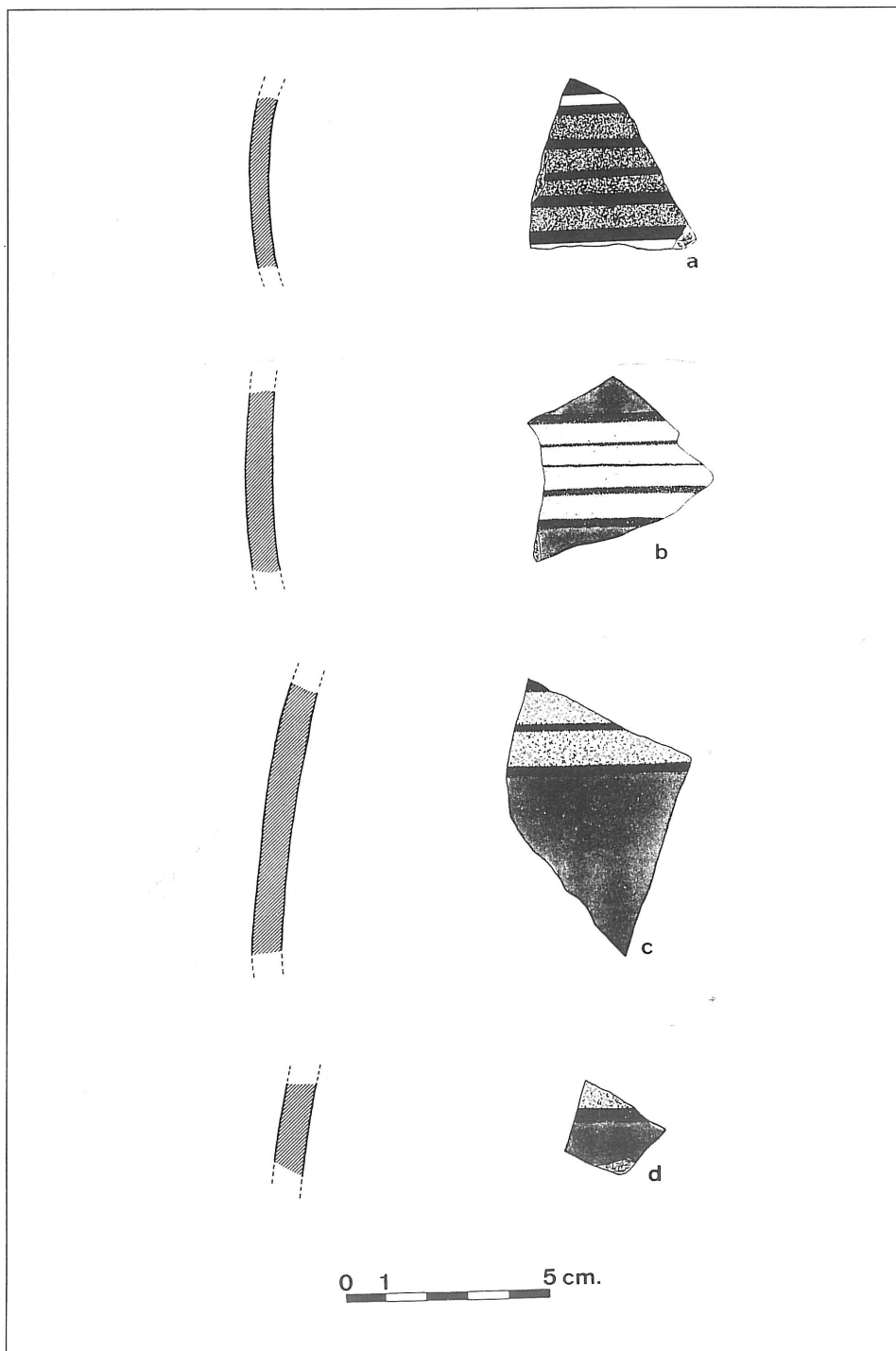


Fig. 15

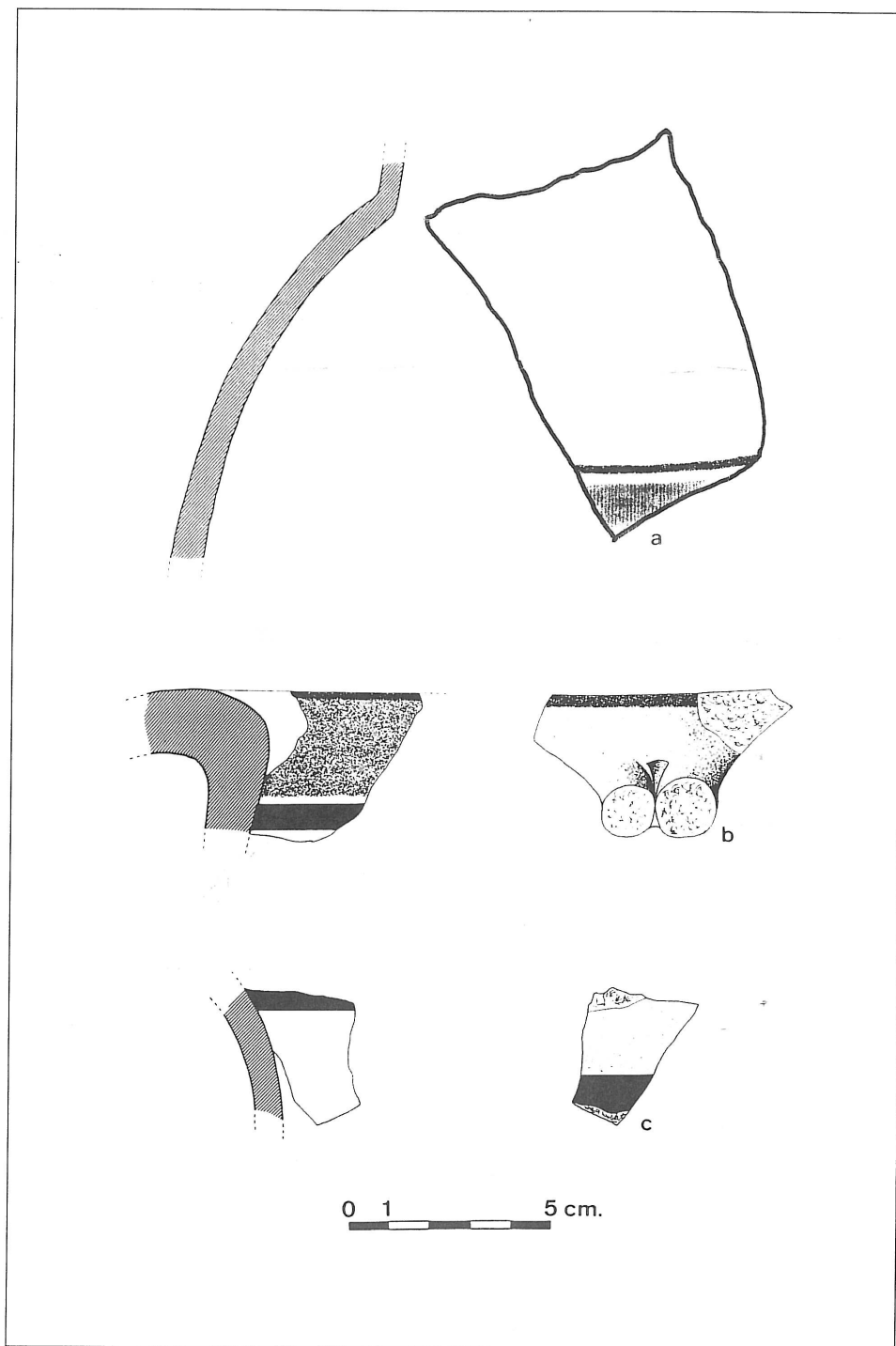


Fig. 16

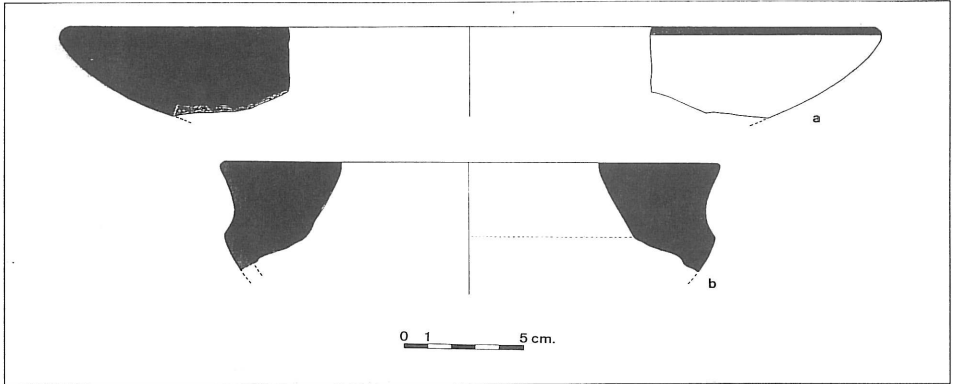


Fig. 17

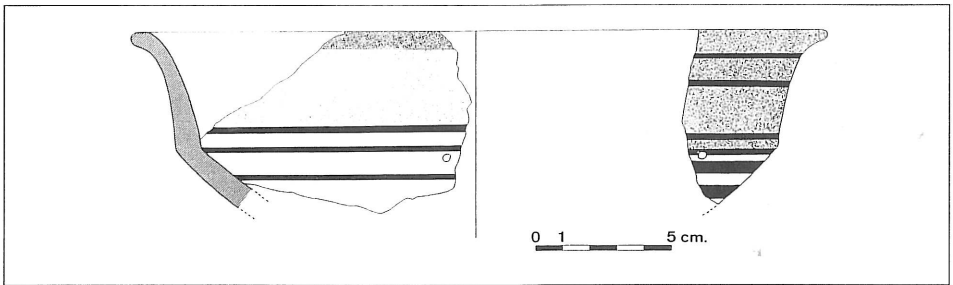


Fig. 18

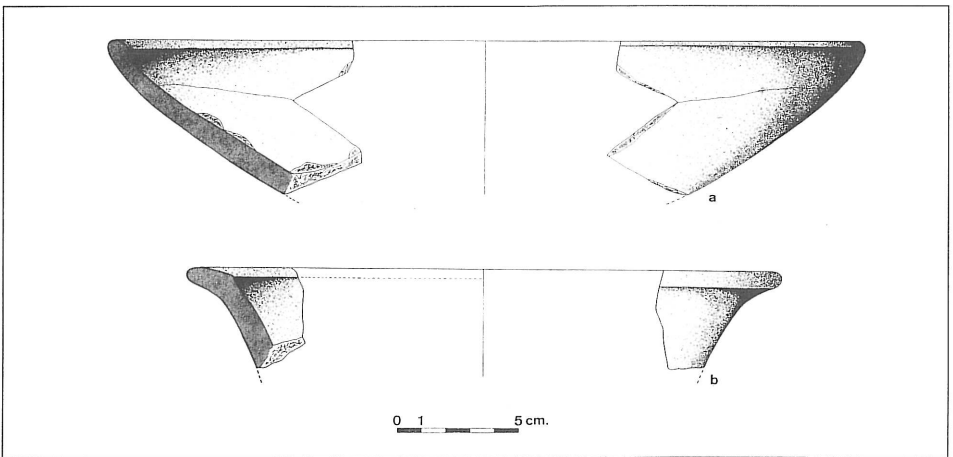


Fig. 19

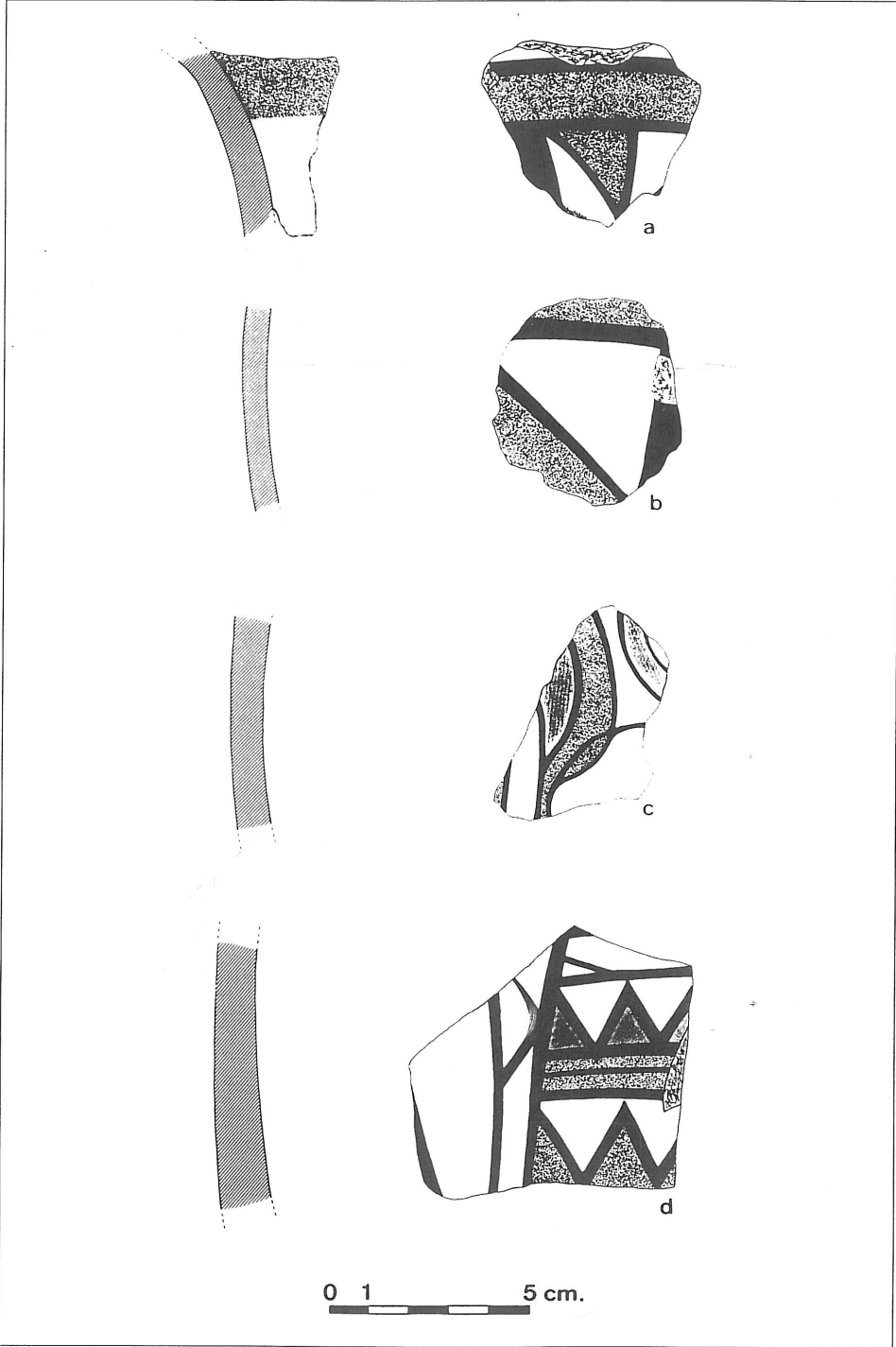


Fig. 20

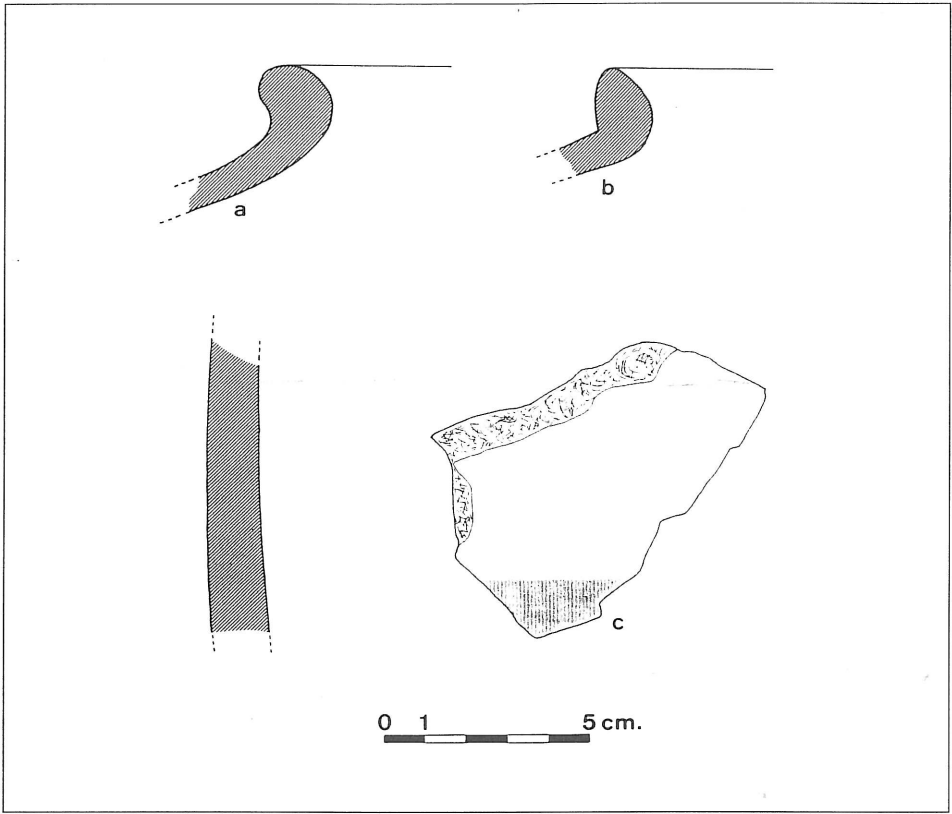


Fig. 21

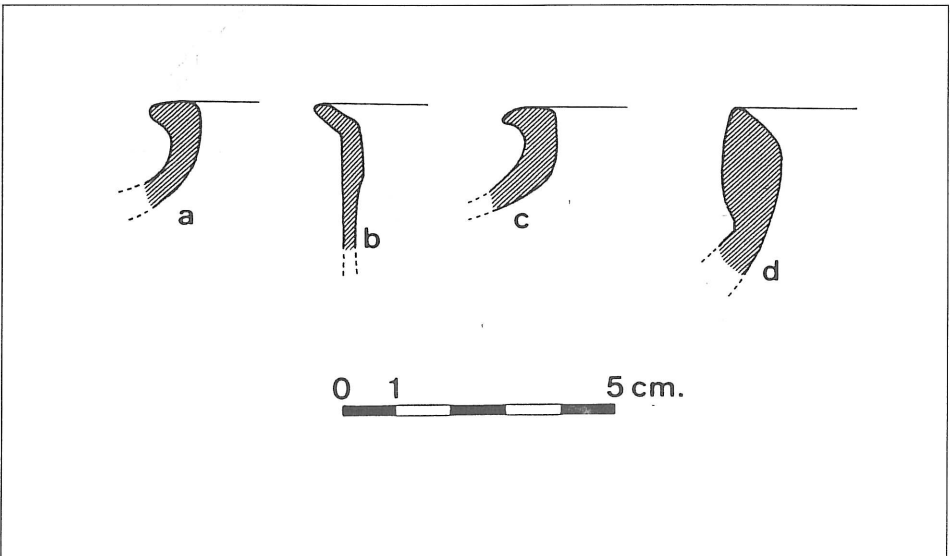


Fig. 22

MATRIZ HARRIS	NIVELES		ARQUEOGRAFÍA		CRONOLOGÍA	
	Corte B Sondeo	Corte C	Estructuras	Materiales		
	I	I		Estrato de abandono. Cerámicas ibéricas	Posterior al 500 a. C.	
	II			Corte B: Cerámicas orientalizantes. Lento descenso en la cantidad de hallazgos		
	III	IIa		Corte C: Aumento de tornos (policromas, grises)		
				Corte C: Estrato de cantillo		
		IIb		Corte C: Línea de fortificación		Siglo VI a. C.
	IV	III		Corte B: coexistencia de cerámicas a mano y a torno		
				Corte B: vivienda		
				Pavimento n.º 1		
		V		Sin excavar		Segunda mitad del siglo VII a. C.
				Pavimento n.º 2		
		VI		Sin excavar		
				Estrato de ceniza		
		VII		Cerámica a mano 85%. Plato de engobe rojo.		Primera mitad del siglo VII a. C.
		VIII		Cerámica a mano 90%. Jarro de engobe rojo		Segunda mitad del siglo VIII a. C.
	IX		Cerámica exclusivamente a mano		Primera mitad del siglo VIII a. C.	

Fig. 23